

— REVISTA —  
**COSTARRICENSE**

**DIRECTORA:**  
SARA CASALVA DE QUIROS  
Apartado 1239  
OFICINA mi casa de  
habitación Nº 2730  
Teléfono 3707  
BARRIO: LA California  
Av. 1ª Calles 27-29

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI  
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 23 de Febrero 1947

No. 718

*A mi*

*Madre*

Composición escrita cuatro  
meses antes de su falleci-  
miento y en la que parece  
presentir su prematura  
muerte

Mi amada viejecita, la de cabellos canos,  
la de los ojos que no miran, de labios que no besan,  
de labios que se agitan tan sólo cuando rezan,  
mientras se enlazan trémulas sus descarnadas manos,

Yo sé que estás muy triste: yo sé que por mí lloras;  
que, ansiosa, mi retorno aguardas noche y día,  
y a Dios en tierno ruego, le pides a porfía,  
prolongue hasta abrazarme, de tu vivir las horas.

Oh madre idolatrada! contigo yo estuviera  
buscando en tu regazo consuelo en mis pesares,  
diciéndote al oído ternezas a millares  
y amarte acariciando tu blanca cabellera.

Pero tal vez mi muerte ha decretado el cielo;  
enferma siento el alma, las fuerzas agotadas;  
soy águila que tiene las alas destrozadas  
y en vano intento, en vano, tender el raudo vuelo.

Distinto y vario el rumbo de nuestra vida ha sido:  
tú ostentas, cual aureola, la nieve de los años,  
yo, en mi alma, llevo el hielo de tantos desengaños;  
los dos estamos viejos, muy largo hemos vivido.

Yo a prisa, muy a prisa; tú acaso lentamente;  
tú, en plácido reposo; yo en lucha cotidiana;  
pero no importa madre si en hora ya cercana  
los dos descansaremos perpetua, eternamente.

Tú fuiste siempre buena; tú fuiste siempre fuerte,  
de madres siempre fuiste rarísimo modelo;  
por eso cuando muéras, para volar al Cielo,  
te prestará sus alas el ángel de la muerte.

Y cuando en los dinteles de esa mansión soñada  
tu planta haya posado: bendita madre mía!  
dirás a Dios: "no me abras tus puertas todavía,  
Señor, yo espero a mi hijo; sin él no quiero nada".

Juan Eduardo  
Peñaherrera G.  
De Ecuador Franciscano

## Paz en la Tierra

"Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Tal es el mensaje traído por los ángeles en el día de Navidad. No hay duda de que ese mensaje contiene la fórmula de una verdadera paz. Pero los hombres se han empeñado en olvidar esa fórmula para buscar otras, cuyo resultado ha sido hasta ahora el fracaso. Está visto: no tienen más remedio que prestar atención a la fórmula angélica.

Las Sagradas Escrituras están llenas de alabanzas al Príncipe de la Paz y a la Paz que ese Príncipe traerá al mundo. Pero los hombres no parecen caer en la cuenta de que esa Paz se afrece por medio de un tratado que ha de ser firmado con buena voluntad y con toda sinceridad. Si una de las partes se empeña en no admitir las condiciones de paz, no habrá paz.

La paz de Cristo se extenderá por todos los confines de la tierra, pero a la medida y en la proporción en que los hombres admitan su Carta Magna, la Carta de Belén, que no tiene más que dos puntos:

1°—Que los hombres reconozcan a Dios y guarden su Ley.

2°—Que se amén los unos a los otros, como hermanos que son todos (sin distinción de razas) e hijos del mismo Padre Celestial.

En las naciones, en las familias, en los corazones donde se respeta esa Carta de Belén hay paz completa, si el respeto es grande; a medias, si no lo es tanto.

Ahí está esa fórmula mágica de paz verdadera que los hombres esperaron por millares de años; pero al enterarse de ella, se rebeló su soberbia, se exasperó su ambición de poder y de conquista, se encabritó su sed de venganza, se irritó su sed de placeres; y todo su afán se reduce a engañarse los unos a los otros con refinada hipocresía. La historia está llena de naciones, de pueblos; de individuos que se rebelaron contra esa fórmula de paz y la pisotearon; y el resultado siempre fué la destrucción, la ruina y la confusión más espantosa. Tenemos la prueba fehaciente en lo que nos está pasando en la actualidad por haber el mundo apostatado de Dios y negádose a aceptar su Carta de Belén.

Los mineros, los obreros se quejan de que su paga no es justa; los patronos, de que sus ganancias no son bastantes; los ciudadanos, de que no consiguen las necesidades y comodidades de la vida; el gobierno, de que su autoridad no es respetada; y quizás todos tienen razón. Y podrán ir quejándose sin fin, mientras sigan ignorando que la paz exige el que a cada uno se dé lo que es suyo y que Dios es el primero en reclamar lo suyo, es decir el respecto a su Santa Ley.

Pensamos, pues, al arrodillarnos ante la Cuna del Niño de Belén para pedirle la paz, que no la obtendremos mientras no nos decidamos resueltamente a aceptar los términos en que Dios nos la ofrece.

## CENTELLITAS

Por J. R. Carrión, S. J.

### EL GRANADERO DEL SANTISIMO SACRAMENTO

#### I

Napoleón, que no ha comenzado todavía a mover su sacrílega guerra contra Je-

suocriso, es ya Emperador, y se gloria aún en devolver al Culto de Dios las Iglesias que la nefanda Revolución, o ha profanado con tanto cínico escándalo, o ha cerrado y hasta destruído con tanta diabólica impiedad.

En una de ellas, todavía ruinoso y casi solitaria, el sacerdote que la guarda ve con asombro una tarde, a un joven granadero de la Guardia Imperial, que en pie, de gran uniforme y erguido como en el campo de batalla, vela delante del altar del Santísimo Sacramento.

Pásase largo tiempo: el granadero siempre en vela.

De pronto suenan las seis de la tarde en el reloj del santuario.

En oyéndolas, el inmóvil soldado sale de su recogimiento, saluda militarmente al Divino Señor, y desaparece...!

Uno, dos, tres días hasta tres meses! todas las tardes, a la misma hora y de igual manera, repítase ante los ojos del maravillado sacerdote la hermosísima escena.

Imposible que el Dios del Sacramento no premie, aun acá en la vida, de granadero de la vela...!

## II

Un día Napoleón entra por casualidad en aquella iglesia: allí está el granadero velando al Santísimo Sacramento!

Reconócele al punto el Emperador, interroga del caso al sacerdote que le cuenta todo lo pasado, y luego manda a uno de sus ayudantes hacerle venir a su presencia.

El granadero acude y presuroso.

“¿Qué haces aquí y en este traje?”

—pregunta severo Napoleón al soldado, aun antes que éste le tributase siquiera el saludo de ordenanza.

“Majestad,—replica inclinándose el granadero:—vengo a emplear aquí el poco tiempo que me deja libre el servicio de Vuestra Majestad, en hacer la guardia al Grande Emperador del Cielo que no tiene granaderos en el mundo...!

Napoleón reflexiona unos instantes en profundo silencio.

“Bien! —murmura luego entre admirado y enternecido el héroe de las mil batallas, que aun no osa erguirse contra Dios:— síguele adorando como hasta ahora; y para que puedas honrarle más, desde mañana vendrás a postrarte a sus pies con el uniforme de capitán del ejército francés...!”

Noble ejemplo, magnífico soberano...! pero más noble y magnífico el granadero velador del Santísimo Sacramento...!

Y si el serlo le mereció, aun acá en la tierra, tal premio del grande pero pasajero soberano de los hombres, el Soberano de toda criatura, el Rey de todos los Reyes, el Dios magnífico y Omnipotente del Santísimo Sacramento, ¿con qué púrpuras imperiales habrá vestido para siempre a su granadero allá en el cielo...!

(“De Unión” — México)

## LA MUJER Y LA MUSICA.

La mujer debe “concordar” con el hombre, para que haya “armonía”. De la falta de “concordancia” resulta la “desafinación”.

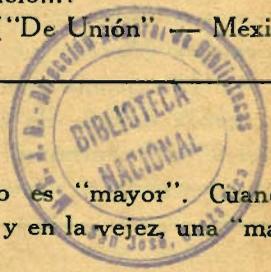
Cuando una mujer habla de casamiento está en “tono natural”; cuando es despreciada y llora, está en “tono de do”. El “tono” de la mujer es “relativo”, con su buen o mal humor.

La mujer muda como los “tiempos y accidentes”. Su “tono” es suave y “moderado” cuando es “menor”. “Represivo y a-

rebataado”, cuando es “mayor”. Cuando joven es un “vals”, y en la vejez, una “marcha fúnebre”.

Cuando la mujer se casa, sube un “tono”, cuando enviuda “baja un tono” y un “semitono”; esto es, queda “medio tono” debajo de lo que era antes de haberse casado; mas si contrae segundas nupcias, vuelve a su “tono natural”.

La mujer habladora es un “flautín desafiado”.



## Los que no Creen

Entre personas bautizadas y que nacieron en hogares prácticamente cristianos, el número de los llamados incrédulos es más aparente que real. Detrás de cada afirmación de incredulidad, de cada menosprecio de los sacerdotes, de cada crítica a las instituciones eclesiásticas y a las actuaciones de la Iglesia, se oculta siempre una inaudita corrupción moral. No es que no crean sino que ni tienen valor de profesar el cristianismo integralmente evangélico; por eso se burlan de los que libres vuelan. Acoyundados por crueles lascivias y perversos instintos morales, optan por aparecer incrédulos y vilipendiar a los que varonilmente fuertes, resisten las tentaciones y atraviesan triunfalmente las edades todas de la vida. En los mejores días de Voltaire, le escribió un joven libertino: "Le agradezco el que haya derribado el espantajo de Dios" Voltaire le contestó: "Usted no cree más en Dios, joven? Le tengo envidia. Después de tantos esfuerzos, disto mucho de haber llegado ahí. En la opinión de que hay Dios se hallan dificultades. Pero en la opinión contraria hay absurdos".

Cuando Littré, célebre autor de diccionarios estaba al borde de la tumba, se acercó a su lecho de moribundo el sacerdote católico Hevelin para aconsejarlo a morir en la fe en que había nacido. aún cuando había dejado de practicarla por muchos años. Lo primero que hizo fué empezar a recordarle suscitadamente los misterios

de nuestra santa religión. Inmediatamente, con voz entrecortada y débil le respondió Littré: "Es inútil Padre. En el fondo he creído siempre como usted mismo. Pero al lado de esta creencia, estaban las pasiones, respeto humano, etc." Se encogió durante algunos momentos y agregó con fuerza y acento de angustia: "De buena gana daría Padre, todo mi diccionario por no haber cometido un solo pecado..."

De Francisco Coppée, son estas frases, que hablan por cuanto quisiéramos agregar sobre lo que afirmamos: los que no tienen valor para recitar el credo se lo deben a que perdieron el valor para cumplir los diez mandamientos. En un pasaje de "Frutos del dolor", dice: "Lo digo francamente: fueron las crisis de la adolescencia y la vergüenza de ciertas confesiones las que me hicieron renunciar a mis actos de devoción. Muchos hombres, si fueran sinceros, reconocerían que lo que los aleja de la práctica de la religión, es la falta de fuerza para saber resistir las tentaciones de la carne. Sólo más tarde han pedido a la razón y a la ciencia argumentos que les permitan no molestarse más".

"Yo no practico bien mi religión porque cedo a innobles instintos; y cedo a innobles instintos, porque no practico mi religión". Estas palabras bastan para demostrar que: **EL QUE DUDA EN MATERIA DE FE, ES PORQUE TIENE PODRIDO EL CORAZON.**

Jaime SERNA

## Temas sobre Vocaciones

Una de las predicciones sobre S. S. Pío XII ¡Estudia Demasiado!

"Muchos hombres célebres han sido malos alumnos, y muchos alumnos modelos no llegaron nunca a nada.

Pero no siempre suceden las cosas en este orden equívoco. En la escuela Eugenio y Francesco Pacelli se contaron siempre entre los mejores.

En especial cuando Eugenio alcanzó la edad de nueve años, y frecuentaba el colegio romano Ennio Quirino Visconti. se apoderó de él tal pasión de estudiar que no se permitía ningún tiempo libre. Durante los conciertos a los que la familia asistía de cuando en cuando, en los inter-

valos entre las diferentes ejecuciones musicales, sacaba un libro y comenzaba a estudiar. Eso no obstante, amaba ilimitadamente la música.

La nueva estantería para libros que su padre le hizo colocar no le alcanzó. En las sillas, en las cómodas, en las repisas, en todas las partes de su cuarto donde había un lugar, se encontraban libros.

Sus hermanas, que le oían a menudo a pagar su luz a la una o a las dos de la madrugada, sacudían la cabeza.

—Mamá, Eugenio ~~estudia demasiado!~~  
—Eugenio, quieres ser Papa?"

Otto Walter.

De "Adelante". Panamá

## Una Vocación en un Baile

Aquel día celebraba la misa a las monjitas un señor Obispo. Mientras éste les repartía la Sagrada comunión se quedó admirado al reconocer a una Hermanita lega, ya muy viejita, y a quien él creía haber visto en circunstancias muy distintas.

Terminada la misa, el Obispo quiso saludar a la Comunidad. Se presentaron todas las religiosas... menos la leguita.

—“Aquí falta alguna”, dijo el Obispo a la Superiora.

—“Sí, falta la cocinera, que vive trabajando en su oficina y rehuye ser llamada a visitas”.

—“Llamadla, que quiero bendecirla con las demás”.

La pobre cocinera se presentó, humilde y sencilla.

—“Hermana, le dijo el Obispo: ¿y qué hacéis por la salvación de las almas”.

—“Pues muy poco, señor, Todo el día ofrezco mis trabajos por diversas intenciones, y a la noche, cuando quedo libre dedico una hora a pedir por la conversión de aquellos jóvenes que podrían ser buenos sacerdotes, pero que envueltos en los placeres del mundo, no pueden oír la voz de Dios que les llama”.

El Obispo guardó silencio. Estaba conmovido. Cuando, retiradas ya las demás religiosas se quedó a solas con la Superiora, le dijo:

—“Yo sé de un joven libertino, que derrochaba su vida y su dinero en las diversiones del mundo. Una noche, en un baile, vió de repente un rostro que le miraba fijamente con intensa pena. No pudo resistir aquella mirada; volvió los ojos hacia el abismo de su interior, salió del salón de la danza; pidió después ser admitido en un seminario, se ordenó, llegó a ser Obispo... Y ese Obispo... es el que os habla... Y aquel rostro triste lo he reconocido al dar hoy la comunión a vuestra leguita cocinera. No le quitemos el mérito de su oración: no le contéis lo sucedido. Tan solo decidle que siga orando por aquellos jóvenes que, pudiendo ser sacerdotes, se hallan envueltos en las vanidades del mundo y no pueden por eso oír la voz de Dios.

Aquel Obispo era Monseñor Guillermo Manuel Ketteler. Cuando de repente cambió de carrera, contaba ya 31 años. Fué después Obispo de Maguncia, combatió denodadamente por la libertad de la Iglesia perseguida en Alemania, y sobre todo fué un gran luchador por el bien de las clases obreras.

¿Y no podrás tú, orar como aquella viejecita por tantos jóvenes, talvez mejores que tú, y que andan por el mundo sin ideas de perfección y de apostolado?

# CONSIGANOS SUSCRITORES

## Toques de Educación

Por la Madrecita.

Hay una historieta que dice que varios hombres poseían un peso cada uno como único capital. El avaro lo ocultaba debajo del colchón y se acostaba sobre él; el tacaño gastó veinticinco centavos; el equilibrado cincuenta; el espléndido, setenta y cinco centavos; el pródigo invirtió todo su capital. El loco, en cambio, compró por valor de cinco pesos más y se quedó debiéndolos.

La historia es útil para enseñarse a manejar el dinero. No con tacañería, pero con sentido común. Lo que arruina una casa no son los gastos normales, sino los gustos extravagantes, los caprichos, lo superfluo todo lo cual obliga a contraer deudas las más de las veces.

Dicen también que se puede gastar mil pesos, pero no se debe tirar ni cinco centavos, y es verdad, porque el dinero es el

fruto del trabajo y no debe ser menospreciado por nadie.

Conviene mucho que enseñemos a los hijos a vivir como pobres, para que después sepan vivir como ricos. Es más fácil, mucho más fácil llegar a ser rico que saber serlo.

Yo creo que el que trabaja no debe avergonzarse nunca de ser pobre; en cambio, el que pasa su vida en la holgazanería debiera avergonzarse de ser rico.

El dinero bien administrado proporciona tranquilidad y satisfacciones, asegura la libertad y también la independencia. Por esto es que el ahorro merece ser difundido como una práctica moral; por eso es que debemos combatir el despilfarro y la manía que padecen muchas personas de gastar lo que no poseen y endeudarse, con lo cual buscan la propia intranquilidad.

### PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

1. Dios ha puesto el dolor de trecho en trecho a lo largo de nuestra vida, para indicarnos el camino del cielo.

2. La estimación es la base de todo sentimiento durable. Quien no estima a la persona que ama, no está habilitado para jurar que la amará siempre.

3. El pensamiento de la eternidad consuela de la rapidez de la vida.

4. La gloria es un legado oneroso para

el que no puede conservarla.

5. Los hábitos son para los hombres lo que los cauces para los ríos; no se sale de ellos sino por causas extraordinarias.

6. El que no sabe llorar, no hallará muchos que lloren por él.

7. Una lágrima escapada a hurtadillas nos mueve más que un torrente de ellas; el dolor silencioso es el más enternecedor de todos los dolores.

## BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Pañuelos grandes de nylon, estampados

Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteleros y otras labores estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

## Economía

El que es fiel en lo poco,  
fiel será en lo mucho.

Luc. XVI, 10.

Son los bienes temporales, las riquezas, la fortuna y los demás bienes, talentos con los cuales debemos luchar. Sea poco ó mucho lo que Dios te ha dado, de esto habrás de dar cuenta algún día.

¡Qué maldad, que injusticia é ingratitud contra Dios sería la tuya, si te creyeras señora absoluta de estos bienes y te imaginaras que podías disponer de ellos según tu capricho sin limitación ni medida nin-guna!

¡Cuán loca y ciegamente procederías, si en vez de emplear los bienes temporales en practicar la virtud y procurar tu propio bien y el de tu prójimo, los pusieras al servicio de tu amor propio y los aplicaras a satisfacer con ellos el deseo de goces materiales, el orgullo, el lujo y la vanidad!

Aquellos que han nacido entre los bienes y las riquezas, muy cerca tienen de sí este peligro. He aquí por qué el Salvador decía estas palabras; (En verdad os digo que es difícil que un rico entre en el reino de los cielos). El rico avariento que se vestía de púrpura y sedas y celebraba diariamente suntuosos banquetes, fué sepultado en el infierno, mientras que el pobre Lázaro fué al seno de Abrahán.

Considera, pues, oh joven cristiana, cuál es el uso que haces de estos bienes terrenos que sin trabajo alguno de tu parte has recibido.

¿Puedes decirte a ti misma que en el uso de tales bienes has observado la justa medida, que no te has salido de los límites que corresponden a tu estado y condición, y que tus pretensiones no son desmedidas e insaciables? ¡Cuánto no hay en tus vestidos, en tus adornos, en tus placeres y diversiones de excesivo, que sólo sirve de alimento a tu orgullo y vanidad! ¿Para esto te ha dado Dios las riquezas?

Oye el juicio de Dios sobre el lujo; (Por cuanto se han empinado las hijas de Sión y andan paseando con el cuello erguido, guiñando con los ojos y caminan con pasos afectados, raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sion. y las despojará de sus cabellos. En aquel día les quitará el Señor el adorno del calzado, y las lunetas y los collares de perlas, y los joyeles, y los brazaletes, y las escolletas y los partidores del pelo, y las cadenillas y los pomitos de olor, y los zarcillos... Y en lugar de olores suaves tendrán la hediondez, y por ceñidor una cuerda, y en lugar de cabellos rizados una calva, y reemplazará un cilicio la faja de su pecho.)"

"Procuraos amigos con las riquezas injustamente adquiridas". ¡Cuántos están luchando con la miseria y padeciendo hambre, frío y enfermedades, mientras que tú vives en la holgura y abundancia! Si fueras menos exigente, más modesta y económica, ¡Cuántas lágrimas podías secar y cuántos amigos y abogados podías ganar en la presencia de Dios!

Haceos de riquezas que nunca se destruyen: un tesoro en el cielo que jamás se agota, adonde no llegan los ladrones ni roe la polilla). En las casas acomodadas hay muchas cosas que son pasto de la polilla y que podrían servir a los pobres.

Acaso podrías hacer felices a muchos necesitados dándoles calzado, vestidos, ropa blanca y otras cosas usadas.

"Mete la limosna en el seno del pobre, y ella rogará por ti para librarte de toda suerte de males".

"En verdad os digo que lo que hicieris por alguno de estos mis más pequeños hermanos, por mi lo hicisteis".

Adolfo de Doss S. J.

## Cartas a Gente Menuda

Una amiguita ejemplar.—A. Carmen

Me encanta que seas amiga de Josefina.

Ayer salió de su escuela al pasar yo por allí. La acompañaban varias amiguitas, las que un momento después se detenían ante un escaparate.

Josefina se despidió de ellas y continuó su camino.

Es obediente.

Recogió y entregó a una anciana una llavecita que se le había caído.

Siente el debido respeto hacia la ancianidad.

A dos muchachitos que estaban por pelearse los invitó a que se reconciliaran, y así lo hicieron.

'Bienaventurados los pacificadores'—dijo Jesús, y ella lo sabe.

Cedía el lado de la pared a las personas mayores que encontraba en el camino.

Es una niña cortés.

Corrió en la última cuadra para llegar cuanto antes a su casa.

Esto me demostró cuánto se esmera esta niña para evitarles disgustos a sus padres.

¡Qué alegría!... Josefina es tu amiga predilecta... ¡Ahora te quiero más y con mayores motivos!

Constancio C. Vigil.

## El Jardín de los Convertidos

Por qué me convertí al Catolicismo?

"El Torah no me redimió, sino que me anatematizó, al hacerme saber que peco" (Werfel, "Pablo entre los judíos").

"No he venido a abolir la ley y los profetas, sino a cumplirlos" (Mart. 5.17).

Mi camino desde la sinagoga hasta la Iglesia, no es, en realidad, más que una confirmación de estas palabras de Cristo. Aunque este camino me llevó muchas veces a callejones sin salida, la gracia de Dios me sacó siempre de ellos para que no errara mi fe.

Nací el año 1892 en Amsterdam, de padres judíos; asistí desde mis primeros años a la enseñanza religiosa y aprendí hebreo para entender la Sagrada Escritura.

**CARLOS MARIA JIMENEZ**

**EUGENIO JIMENEZ**

**Abogados**

Por Francisca VAN LEER (Holanda)

Mi madre era una mujer piadosa; me educó rigurosamente de acuerdo con las leyes del Antiguo Testamento, y aprendí no sólo a conocer, sino también a practicar los ritos y el servicio divino, según lo prescribía nuestra fe, con amor y convicción.

Los libros de Moisés, que se leían los sábados en la sinagoga, eran para mí la interesante y atractiva historia de mi pueblo el pueblo elegido de Dios. Mi madre me inculcó el agradecimiento por mi descendencia y por pertenecer a este pueblo.

Más aún que los cinco libros de Moisés me gustaban los libros proféticos del Antiguo Testamento, de los cuales, asimismo se leía un pasaje los sábados y días de fiesta. La descripción del reino de Dios en la tierra, cuando el Mesías ha de gobernar como rey, cuando "el cordero y el león pacerían juntos" y los "hombres fundirán sus espadas para arados", cuando "ningún pueblo se levantará contra otro" y un niño pequeño los regirá a todos"—esta descripción llenaba mi alma infantil de una profunda añoranza por la venida del Mesías.

En las clases de religión y también en casa, preguntaba con frecuencia cuándo sucedería todo esto; pero nadie podía darme una respuesta satisfactoria. Empecé a dudar de la verdad de estas profecías, sobre todo cuando noté que las respuestas de mis maestros y mis padres no sólo eran imprecisas, sino que se contradecían directamente. Uno decía: "El Mesías vendrá como juez sobre las nubes"; el otro: "Nacerá como hombre"; un tercero: "No es Dios ni hombre, sino una época; cuando reine la paz sobre la tierra, entonces habrá venido el Mesías".

Viendo que la observancia de las rígidas leyes mosaicas no parecían llevar a mi pueblo ni a mí al reino del Mesías, sacudí a los dieciocho años el yugo de los mandamientos, para hacerme una "persona libre". Abandoné la casa paterna, a fin de, en vez de ingresar en la Escuela Superior, como quería mi padre, ganar la vida en el extranjero como etionetipista. Quería ser independiente, hacer mi voluntad, seguir mi camino.

La vida me desilusionó mucho; pero era yo demasiado orgullosa para reconocerlo. Para olvidar más penas durante algunas horas, iba mucho al teatro. Especialmente las óperas de Wagner hacían en mí una profunda impresión, sobre todo porque en ellas se cantaba, de un modo diverso, pero con acento igualmente doloroso, la misma añoranza de redención que animaba a los profetas. Siempre veía en ellas hombres envueltos en pecado, siempre venía uno a redimirlos, y siempre por el sacrificio. En "El holandés" se sacrificaba Senta; en "Tannhauser", Isabel; en "El anillo del nibelungo", porque no se sacrifica a nadie, son los dioses los que tienen que hacer penitencia por los pecados. La cumbre de toda esta vivencia estaba para mí en el "Parsifal", que vi con mucha frecuencia a través de los años y que me venía a la memoria cuando pensaba en el Mesías.

Pero el abismo entre el hombre y Dios, entre vida ordinaria y religión, entre cien-

cia y fe, entre el mundo e Iglesia, me parecía infranqueable. Por mucho tiempo consideré al Arte como única medianera entre Dios y los hombres, y durante años enteros me consagué al servicio de esta "medianera". Como secretaria de modernas direcciones artísticas, procuré revelar a los hombres, con mis palabras y mis escritos, la belleza de la pintura, plástica, música y arquitectura modernas. Pero la guerra y sus terribles consecuencias paralizaron pronto mi fuerza de trabajo y mi alegría creadora. ¿Cómo podía yo creer en el Mesías, en un reino de Dios, un reino de paz, cuando precisamente sucedía todo lo contrario de lo que prometían los "profetas junto con Parsifal?" No se fundían las espadas para forjar arados, sino los arados para forjar espadas; más aún; las mismas campanas de las iglesias se convertían en cañones.

Quise curar heridas, hacerme enfermera. Pero no podía ver sufrir a los hombres; y es que no tenía ninguna respuesta para las desesperadas preguntas de las voces moribundas: "¿Por qué este sufrimiento?" "¿Por qué la guerra? ¿Por qué la muerte?"

Yo no tenía ya fe en nada, y no podía dar esperanzas sin mentir.

Esto me impulsó a la soledad. Leía y estudiaba; devoraba libros de todos los tiempos y pueblos, para encontrar la respuesta a las preguntas que ningún acontecimiento ha planteado tan rudamente como la Guerra Mundial: "¿De dónde procede el hombre? ¿A dónde va? ¿Para qué está en la tierra? ¿Para qué el sufrimiento?"

Pero en ninguno encontré la respuesta satisfactoria y completa. Veía muy bien que los sabios de todos los tiempos se habían preocupado y atormentado con estos problemas. Uno había tratado de revelarlos desde el punto de vista religioso; el otro, desde el social; el de más allá, de una manera práctica. "Las vestiduras de la verdad" habían sido desgarradas, repartidas; cada uno tenía un girón; pero.

¿dónde estaba la túnica inconsútil e indivisa?

No sabía yo que, ya mil novecientos años antes, había hecho un hombre la pregunta: "¿Qué es la verdad?", mientras que ante él estaba la verdad en persona divina y humana; y es que yo no conocía el Evangelio; no se me había permitido leerlo de niña y no había querido leerlo de mayor, porque pensaba que era una pura leyenda.

Así anduve a tientas por la oscuridad de la terrena sabiduría, y, como los hombres no daban respuesta alguna a mis preguntas, me acogí a las estrellas, a la astrología. Pero sólo me mostró la mueca de un hado ineludible, que excluye todo libre albedrío, toda gracia y redención.

Tan grande tuvo que ser la oscuridad, que fué cerrándose en torno mío, y dentro de mí; hasta que Dios hizo brillar la luz en las tinieblas, "la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo", la luz que mi pueblo, en su incomprensible ceguera, había rechazado mil novecientos años antes y que hasta hoy no ha reconocido.

La "Pasión según San Mateo". Había oído con frecuencia esta gran obra de Bach; había llorado por Cristo dolorido y amante, sin que hubiera sido para mí más que una figura de leyenda, semejante a Parsifal.

Después leí, en 1918, las obras de Tolstoy, especialmente sus "Diarias" y "Mi Evangelio". Entonces adquirió Cristo una figura ya más humana. Era de carne y hueso; había pronunciado palabras de paz y de amor, como ningún hombre antes de él. Así, podía servirme de modelo, como lo enseñaba Tolstoy; pero sólo era para mí un hombre perfecto, no Dios!

¡Oh, cuán larga es la distancia desde la admiración de Cristo hasta la adoración de Cristo! ¡Nadie puede recorrerla sin la gracia de Dios! ¡Cuán alejada estaba yo aún de la fe!

Después de haber leído a Tolstoy, decidí seguir literalmente el Evangelio. Re-

galé todo lo que tenía y me fuí (como lo enseñaba Tolstoy) al campo, a casa de un labrador, para ganar el pan cotidiano con el sudor de mi frente. ¡Con qué gusto hubiera predicado y enseñado el Evangelio a los hombres! Pero nadie me hubiera escuchado. Quizá el buen ejemplo sería suficiente. Pero quedé sola, y decidí por fin "intervenir en la historia universal". Escribí una carta al Kaiser y le pedí una audiencia; quería moverlo a procurar la paz por todos los medios. Fué en agosto de 1918. Para estar segura de que mi carta alcanzaría su destino, solicité la intervención de una princesa. Un telegrama, cortés, pero negativo, fué la única respuesta del Kaiser. "Ahora vendrá la Revolución", dije a la princesa. Yo, personalmente, no veía otra salida de aquel caos. Y la revolución estalló el 9 de noviembre. Consideré al principio a los jefes revolucionarios como salvadores y pacificadores. Mas pronto hube de convencerme para mi desengaño, de que no trasformaban los hombres ni la historia mundial. Pero seguí la corriente, con la esperanza de poder mediar y suavizar asperezas con mi buen ejemplo y amor a la paz y al prójimo.

Nada fué de provecho. En Munich, donde yo tenía mi campo de actividad, fué asesinado Eisner. Luego se impuso por breve tiempo el cruel dominio de los rojos. Cuando, a principios de mayo de 1919, entraron en la ciudad las tropas blancas para librar a Munich yo sabía que mi camino me llevaría indudablemente a la

**CONSULTORIO OPTICO**

**"RIVERA"**

Exámenes científicos de la vista  
LENTES Y ANTEOJOS

DE TODOS LOS PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

cárcel. Había estado en contacto con los cabecillas; necesariamente se me consideraría también como culpable. Fuí, en efecto, inmediatamente detenida y sujeta a un interrogatorio, que duró cinco horas. Pero no se sabía qué hacer conmigo. Yo hablaba continuamente del Evangelio, de la paz mundial, del amor al prójimo, de Parsifal, de los profetas. Uno de los "jueces" me preguntó por qué no me hacía cristiana, si estaba convencida de la verdad del Evangelio. Yo me reí de él: "Unas cuantas gotas de agua en el bautismo no cambian a una persona. Nunca seré cristiana, si no lo soy por mis sentimientos". Eran las diez de la noche. Por la noche se me encerró en el sótano del palacio en que había sido interrogada, pues las cárceles estaban completamente llenas.

Fué la noche más memorable de mi vida. Aún no había recaído sobre mí sentencia alguna; pero mis cosas no debían marchar bien. Los soldados de la guardia hablaban de mí y de que mi suerte estaba ya sellada; es decir, que se me fusilaría. Consideré aquella noche como la última de mi vida e hice un balance de mi pasado. Entonces vi que no era una persona completa; que no podía morir, porque aún no había encontrado la verdad, la paz, el reino de Dios. Pero, ¿donde estaban? ¿Cómo se llegaba allí? En la más profunda desesperación, envié al cielo un ultimatum. Si había Dios, no podía dejarme morir antes de que lo hubiera encontrado. Si tenía que morir al día siguiente, sería para mí la prueba de que no había Dios, pues, de lo contrario, mi vida no habría tenido ni sentido ni finalidad. Pero si me dejaba vivir y se me ponía en libertad, entonces conocería que había Dios, ¡y pluguiera revelarme su voluntad y mi camino! Entonces me rendiría a él "sin condiciones".

A la mañana siguiente, fui puesta en libertad. Nunca he visto las actas de mi corto "proceso", por consiguiente, no sé a qué circunstancias debo mi pronta libertad. Pero más importante que las causas naturales de este hecho son sus consecuencias

sobrenaturales, a saber: mi conversión.

Es imposible describir con detalle cómo inclinó Dios mi rebelde voluntad, que se resistía al bautismo. Estaba dispuesta a hacerlo todo por Dios, menos convertirme al catolicismo. Me retraían, no sólo los prejuicios de mi pasado judío, sino también el desconocimiento de todo aquello que se refiere a la Iglesia y a la fe, especialmente una total incomprención de los conceptos: gracia, redención. Algunos libros del Padre franciscano Dr. Heriberto Holzapfel me demostraron con una lógica convincente las últimas consecuencias del Evangelio: el bautismo, pues "Cristo es Dios".

En su libro "Pablo entre los judíos", pone Franz Werfel en boca del apóstol San Pablo estas palabras como respuesta a Gamaliel, que le preguntaba de qué manera había llegado a la fe cristiana: "¿Cómo podré hablar del momento en que la luz del cielo irrumpió en mi sangre, cuando yo penetré ciego, en un mundo nuevo? ¡Mi corazón se desgarró de sólo pensar en ello! ¿Puede hablar el hombre del momento de su nacimiento?"

Las palabras humanas no pueden describir la luz que irrumpe de pronto en la oscuridad de un alma errante que busca la verdad, aquella luz que la Iglesia llama gracia. Me parecería una profanación el querer describir cómo penetró en mi alma el rayo que me hizo conocer la divinidad de Cristo. Pedí el bautismo al Padre Holzapfel: ¡inmediatamente! Se me rehusó hasta que estuviera mejor instruida. Yo no quería esperar después de haber conocido dónde estaba la verdad y que la Iglesia era el reino de Dios, por largo tiempo y con grandes ansias deseado, el cual llegará a extenderse por todos los países y pueblos, exactamente como lo habían prometido los profetas. Estaba desconsolada porque tenía que esperar. Pero la Providencia vino en mi ayuda.

Como holandesa, fui expulsada de Alemania. Todos los extranjeros recibieron orden de abandonar el país. Pero la vuelta a la patria holandesa significaba para mí

la vuelta al ambiente judío de mi casa paterna, donde la conversión me sería punto menos que imposible. Por eso quise ser bautizada antes, y recibir los Sacramentos; después, nadie podría arrebatármelos.

Pero nada pudo decidir al experimentado Padre a bautizarme sin estar lo suficientemente preparada. Debía volver a Holanda sin el bautismo y ser instruída allí.

En mi desesperación, corrí a la iglesia del convento; era por la mañana temprano, y vi cómo se distribuía la sagrada comunión. "Una fuerza salía de él, que los curaba a todos". ¡También a mí y a mi corazón enfermo y débil! Vi cómo las personas avanzaban hacia el comulgatorio, y se apoderó de mí un hambre de aquello "blanco", cuyo nombre y esencia yo desconocía, pero que me atraía con fuerza irresistible. ¡Quería participar también de "lo blanco"! Corrí al convento y supliqué al Padre que, por lo menos, me diera "lo blanco", ya que no quería bautizarme. Naturalmente, fué inexorable, y me instruyó acerca de la Eucaristía. Mi hambre de ella se hizo aún mayor.

"¡Voy a traerle un Padre holandés, un paisano suyo! El le dará direcciones de sacerdotes, a quienes usted podrá dirigirse en Holanda". "¡No, no; no me hace falta ningún paisano! Tráigame usted el sacerdote que ha distribuído "lo blanco". El no me negará esta gracia". Moviendo la cabeza salió el Padre del locutorio para ir en busca de mi paisano. Ignorando por completo a quién me refería yo. En el convento habitaban muchos Padres, y cada cuarto de hora daba la comunión uno distinto. Por lo demás, ¿quién iba a bautizarme sin estar preparada?

Pero nuevamente acudió a mi ayuda la Providencia. Al abrirse la puerta del locutorio para dar entrada a mi "paisano", reconocí, sumamente extrañada, al sacerdote

que había visto repartiendo la comunión. Era el holandés. Nuestra conversación fué corta. A su pregunta de qué era lo que deseaba respondí: "El bautismo". El creyó que ya estaba instruída y que sólo deseaba ser bautizada por un paisano mío. Sin querer inducirlo a error, le callé que aún no estaba preparada y la Providencia hizo que él no supiera hasta dos días después de mi bautismo que yo no conocía aún la fe católica.

Todo tuvo que hacerse con la mayor rapidez. El 13 de junio conocí al Padre holandés Laetus Himmelreich; el 15 fuí bautizada; el 16 tuve que abandonar Alemania en cumplimiento de la orden recibida.

En la fiesta de la Santísima Trinidad (1919) se cumplió en mí el mandato de Cristo en el evangelio del día: "Id y enseñad a todos los pueblos; bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Me convertí en hija de la Iglesia, del reino de Dios en la tierra, que tanto tiempo y tan dolorosamente había buscado, y pude participar de los sacramentos.

Resplandeciendo por encima de todas estas alegrías y gracias, brillaba para mí el sol de la Eucaristía, Cristo en la Sagrada Hostia ¡El, el Mesías tan detestado y desconocido, el Redentor, el Rey de los que dominan el Dios de Israel!

Junto con una oración de acción de gracias, que brotaba de lo más hondo de mi alma, subió al trono de Dios, aquel día y todos los siguientes otra oración de súplica, que la Santa Iglesia expresa el día de Viernes Santo con estas palabras:

"Onnipotente y eterno Dios que ni aun a los infieles judíos excluyes de tu misericordia, escucha las súplicas que te hacemos por la ceguera de aquel pueblo, para que conozcan la luz de tu verdad, Cristo, y sean arancados a sus tinieblas".

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús.  
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

## NOVELA

—Buenas tardes, señora —respondió dominándose y estrechando la fina y diestra enguantada que la desconocida le tendía—. ¿Está usted ya repuesta de su luxación? Debo creer que sí, toda vez que se ha atrevido a venir a la ribera desde la casa de la bahía.

Otra vez, como el primer día, el timbre de la voz de doña Sol levantó un aura de perplejidades y evocaciones en las hondas y claras pupilas de la forastera.

—Sí, ya estoy completamente bien; muchas gracias, querida —agradeció la dama—. Y como está usted viendo, mi primera visita ha sido para usted. Iba a la casa donde está usted hospedada cuando... he presenciado el rescate del pajarillo. ¡No se ruborice hija mía! Ha sido una tiernísima escena; una lección ejemplar: le aseguro a usted que me ha emocionado. Es algo completamente en desuso con las costumbres frívolas de nuestras muchachas del día... ¿Sabe usted lo que dice sir Lloyd Bennet el famoso neurópata londinense, a propósito de esa linda pléyade de mujercitas estilizadas con arreglo al último figurín? Pues que para convencerse de que en la mayoría de ellas no hay una total ausencia de corazón, necesitaría hacerles la autopsia y poder tocar con sus manos y mirar con sus ojos la víscera en cuestión.

—¡Es mordaz y sangriento el tal doctor, señora!

—María Teresa... llámeme usted María Teresa —invitó sencillamente la dama

—¿No será harta familiaridad de mi parte? —vaciló la joven, consciente del altísimo nivel social de aquella mujer que respiraba aristocracia por los cuatro costados, pese a los zapatos de playa y al sencillísimo traje de blanco piqué—. En la portezuela de su automóvil vi la otra mañana una corona y un blasón: permítame usted que la llame Duquesa, porque lo es usted, ¿verdad?

—¿Duquesa? Sí, lo soy, realmente, y hasta cinco o seis títulos más, querida; pero estoy harta de ceremonias y he venido a La Rocosa a hundirme en el reposo y el olvido...

—Como yo... —murmuró Sol imprudentemente.

La señora la miró atónita un momento, pero se abstuvo de hacer pregunta alguna.

— Y además, usted me es particularmente simpática y es a todas luces una persona de mi misma clase social; y aparte de ello le debo una inolvidable atención que la hace acreedora de todo mi afecto, señorita. Y las personas de mi estimación y de mi intimidad me llaman siempre. . . María Teresa.

Aunque las palabras de la forastera parecían impregnadas de cordialidad y plenas de franqueza, no engañaron a Sol, que creyó adivinar bajo ellas el expreso deseo de conservar el incógnito de su verdadera persona. ¿Cuál sería el apellido y qué títulos seguirían a aquel nombre que no decía nada? ¡María Teresa!... Bien, sí. Lo mismo hubiera podido llamarse María Juana.

—No sé si podré acostumbrarme... —murmuró Sol como hablando consigo misma.

—Pruebe usted —insistió la señora—, será muy fácil.

Continuaban paradas bajo el dorado sol, ante el mar rebosante de color y rumores. Los chiquillos giróvagos, danzaban arriba y abajo de las barcas que esperaban la carena, haciendo volantines. Por la carretera, avanzaban, en tre jirones de polvo, una pesada carreta de heno, arrastrada por pacienzudos bueyes, y una canción típica, cadenciosa y suave, rompía la meditativa calma del ambiente.

—Ha dicho usted que venía a visitarme y yo estoy desolada de no poderle ofrecer un sillón de junco, cara al mar, en la terraza, y una taza de té —dijo la muchacha sinceramente dolida;— pero la huésped y la criada que atiende mi servicio han ido a Barqueros de cambras y cómo yo siempre vuelvo a casa hacia las seis y ellas esperan estar mucho antes de regreso, se han llevado la llave... Muy a pesar mío, no puedo mostrarme hospitalaria...

—¿Y eso la preocupa? —rió la señora amablemente— No vale la pena; se está muy

bien en la playa, y si a usted no le asusta andar un poco podríamos tomar esa taza de té en mi casa... en la Casa Grande, como la llaman aquí. ¿Sí, verdad? No creo que el viaje de ida y vuelta resulte excesivo para unas piernas de veinte años, y aun, si no me he equivocado, estos días me parece que le es a usted habitual ese recorrido, porque se me antojó verla pasar estas tardes atrás, unas veces sola y otras en compañía de una camarera cincuentona.

—Teresa... la doncella de mi tía... —se le escapó a Sol.— Vamos muchas veces juntas hasta el peñón de la Bruja. Ella hace labor y yo leo... Como estamos tan solas...

—¿Está ausente su señora tía? —inquirió la dama (y otra vez la expresión inquieta y ansiosa centelleó en el fondo de sus pupilas).

—Por unos días nada más...

La señora no hizo más preguntas. Al andar iba desgranando apreciaciones muy interesantes sobre el paisaje y las costumbres, y Sol la escuchaba atenta, dándoles cuenta cabal de que estaba en presencia de una persona extraordinariamente culta.

—¿Es usted española? —soltó a boca de jarro la muchacha sin poder reprimir por más tiempo su curiosidad.

—Por mi nacimiento, sí —declaró con evidente orgullo la dama.— Española y aragonesa, a Dios gracias; pero por mi matrimonio soy inglesa.

Cuando estuvieron confortablemente instaladas en una linda terraza cubierta por tupidas enredaderas que hacían dosel, comparció una sirvienta cuyo tipo tal vez no fuese inglés (Sol mejor dijera que era como su ama, española y aragonesa), pero cuyos ademanes y empaque eran de irreprochable circunspección. La dama habló con ella unas breves palabras en inglés, que Sol entendió perfectamente por conocer bastante bien el idioma, del cual hizo prácticas con Freddy Harwing recientemente. La camarera con esto con una reverencia y momentos después hervía sobre un trípode el agua encerrada en un pucherito holandés al suave aliento de la llama-

ta del alcohol. En un instante, con una precisión y una presteza denotadoras del hábito, la doncella hizo el té, untó con mantequilla las rebanadas de pan tierno y sirvió la oriental infusión sobre unas tazas de frágiles, delicadísimas, que, como el pucherito holandés, debieron venir de Londres en el equipaje de María Teresa.

Puede usted retirarse —ordenó brevemente la señora. Y la comedida sirvienta desapareció como una sombra. Sol admiraba el paisaje selvático y majestuoso de la costa erizada de acantilados.

—Me gusta más la situación de esta casa que la que ocupa la de Rosenda — declaró mientras saboreaba un exquisito pastelillo de crema con vainilla.— Aquella playa es menos independiente; hay en ella mucho movimiento, mucho ruido, mucho ajeteo, con el ir y venir de la gente hacia la ribera.

—¿No ve usted que atracan allí las lanchas? Aquello podría llamarse el puerto... el muelle de La Rocosa.

—En cambio, en la herradura que forman aquí las peñas... ¡Qué magnífica y augusta soledad!

—Sí, pero tal vez para ustedes, que son tres mujeres solas resultaría demasiado aislada la Casa Grande. Porque Bernardo no hay que contar con él... En cuanto empiece la costera de la merluza se hará a la mar. Para mí es diferente; yo traigo mi chófer y Dick es un verdadero mastín de guarda.

Con secreta delicia, la señora veía hundirse los menudos blancos dientecillos de la muchacha en el pan recubierto de manteca. Aquel apetito saludable de Sol la regocijaba. Sentía al lado de la joven, tan poco complicada, tan natural, con tan evidente frescura moral en su modo de ser, como una renovación de juventud. Mirándola embaída mientras ella contemplaba el paso de unos vapores, muy alejados, vinieron a fijarse sus ojos en el trajecito de franela; un escote que cerraba en punta sobre su pecho, al unirse los extremos de un primoroso cuellecito de crespón bordado. Sujeto el cuello, llevaba Sol un broche,

una miniautra, representando una gentil y rubia cabecita de muchacha, cuyo valor artístico apreció al primer golpe de vista de la dama que tenía costumbre de admirar aquellos primorosos trabajos. Cercaba el medallón una orla de filigrana de oro con menudos diamantes.

—¡Qué precioso broche lleva usted! —exclamó la señora impulsivamente. — ¿Es un retrato de alguien de su familia?

Soledad desprendió galantemente el imperdible y lo alargó a la extranjera, diciéndole con sencillez:

—En realidad, no lo sé; pero yo tengo mis motivos para creer que es de mi madre. La persona que me educó me lo entregó cuando al cumplir dieciséis años salí del colegio. No hizo ningún comentario, pero me recomendó que le tratase con la misma veneración y respeto que si fuese una reliquia. Esto me hizo suponer que se trataba del retrato de mi madre.

¡Qué extraño y doloroso misterio se desprendía de las sencillas palabras de la joven! La señora estuvo mirando un buen rato la miniatura, acabada obra de arte, y sin devolverla a su dueña se entretuvo en comparar los dos semblantes: el risueño, tierno y casi infantil del retratito y las facciones graves, serias y meditativas de Sol, marcadas ya, pese a su juventud, por las huellas del padecimiento.

—En todo caso, si se trata de su madre, no se parece a usted lo más mínimo de ella... Acaso en la barbilla y quizá un poco también en la hechura de la nariz. Pero los rasgos esenciales de usted... los ojos, la frente, la boca, las cejas... no tienen semejanza alguna con la miniatura. Tal vez se parezca usted a su padre.

—Sí, tal vez me parezca a él... — murmuró la muchacha y al decirlo pensaba en su extraordinaria semejanza con doña Sol de Alava... ¿No sería ella en realidad una Olariaga por línea paterna, como se inclinaba a creer tía Carlota? Sin embargo, un natural pudor de su desdichada y falsa situación social, la impulsó a no enterar a la desconocida

y amable señora de estos penosos pormenores de su existencia. La dama devolvió a Sol su broche.

—¿Es usted huérfana de madre, por lo que veo? —preguntó.

—Y de padre. No les he conocido.

La mirada de la señora se detuvo aturrida, recelosa e inquisitiva sobre la hermosísima cara de Sol, por milésima vez desde su encuentro en el santuario.

—Antes oí que los chiquillos en la playa le llamaban "señorita Sol". ¿Se llama usted, en efecto, Sol, o es un diminutivo? En mi familia hubo muchas mujeres que se llamaron así, quizá porque la fundadora de nuestro solar se llamaba Sol... Y era, por cierto, una mujer de maravillosa hermosura... Si alguna vez tuviese la satisfacción de recibir a usted en mi casa de Londres le enseñaría un famoso retrato de esa antepasada mía.

Detúvose esperando con alguna ansiedad la contestación de Sol.

—No, no me llamo Sol, Me llamo Soledad; pero por no hacerlo tan largo seguramente, desde chiquita me llaman así: Sol.

Y mientras Sol evocaba el momento en que le dijo estas mismas o parecidas palabras a Freddy Harwing en un atardecer glorioso de primavera, una sombra de decepción empañaba los grandes ojos de María Teresa.

## XV

Cuando por las expresivas y largas cartas de Sol tuvo noticia la generala Márquez de sus conocimientos con la señora extranjera que se instalara en la Casa Grande, no pudo contener una carcajada sabrosa y alegre. Por estas mismas cartas supo que la amistad entre ambas se afianzaba de un modo incomprensible para Sol, cuyo carácter un tanto tímido y zahareño no se prestaba fácilmente a estrechar relaciones con personas desconocidas; y mientras preparaba su regreso a La Rocosa, animó a Sol a mantener por buen camino el trato con la desconocida señora, insinuando que de "aquella amistad podían resultar cosas muy provechosas para el día de mañana".

Esta frase preocupó a Sol durante unas cuantas horas, empeñada en encontrarle cierto o culto sentido, pero luego, el engranaje de la vida cotidiana, mansa y buena, alejó la idea central de su cerebro. Después de todo, fueran cuáles fueren los proyectos de la Téa Carlo respecto a ella, siempre serían pródigos en ventajas; ¿a qué divagar y atormentarse pensando en ellos?

Como sartas de perlas entre manos diáfanas del Hada de la Paz, se desgranaban los días de un otoño luminoso y fragante... Por la mañana, cuando la misa diaria que ahora hacía celebrar en la ermita del Santísimo Cristo la dama de la Casa Grande, las reunía en el santuario, ya planeaban a la salida la excursión para la tarde, y apenas había comido llegaba la extranjera en su coche unas veces, y otras a pie, para llevarse a Sol y a efectuar recorridos de cientos de kilómetros por las pintorescas carreteras de la región asturianas, o para explorar detenidamente la ribera en busca del más maravilloso efecto de luz con que impresionar unas fotos que coleccionaba María Teresa con exquisito cuidado.

—Ni yo misma sé como he llegado a cobrar a usted tanto cariño, Sol — declaró un día la señora mirando tiernamente a la muchacha. — Por regla general, no concedo mi amistad fácilmente; en mi círculo se tiene como un título de consagración el hecho de ser favorecida una persona con mi particular afecto; tengo fama de intransigente y de severa...

—¿Usted intransigente y severa! — se echó a reír Sol. — ¡Pues si es usted la bondad y la indulgencia personificadas!

—Porque aquí, en La Rocosa, y tratándose de usted, hacia quien me siento especialmente atraída y cuyas cualidades reconozco y admiro, no he tenido necesidad de hacer uso ni de la severidad, ni de la intransigencia. Pero no crea usted que en mi casa de Londres son admiradas todas las muchachas que lo desean; ni muchísimo menos. Las someto a una escrupulosa selección y solamente acepto las presentaciones de las que más me satisfacen... en lo que cabe, porque las costumbres moder-

nas han echado a perder de tal manera a las muchachas, que en realidad ya no responde ninguna al ideal que me acostumbré a admirar cuando era yo misma una chiquela.

—Todas las señoras mayores dicen igual — afirmó Sol muy gravemente, alargando sus prismáticos a María Teresa, que se había arrellanado sobre su grueso abrigo de gamuza doblando encima de la peña. — Mire usted aquel punto negro que aparece en línea recta de la punta del Caracol. La parienta con quien estoy viajando, la cual es una señora muy principal y muy española antigua, se queja como usted de las extravagancias y las libertades que se consienten a las muchachas. Yo, en la parte que me toca, no tengo en absoluto ninguna experiencia sobre el asunto; soy exactamente igual que me educaron las monjas del internado donde estuve mis diez años. Después, cuando salí del convento, viajé un poco y luego me hundí muy a mi gusto en el campo, en una casa tranquila y silenciosa donde se recibían escasas visitas y éstas, casi en su totalidad, de personas de cierta edad, un poco pasadas de moda y lo bastante serias e inteligentes para no dejarse arrastrar por las tonterías y las frivolidades. No he frecuentado en absoluto el mundo, ni sé lo que es baile, ni una comida de gala en una casa principal...

La señora se la quedó mirando con sincero asombro.

—¿De veras no ha estado usted nunca en un baile?

Sol se echó a reír y su risa vibró musicalmente en la quietud azul del paisaje.

—¿Y cómo quería usted que estuviese? No me iban a llevar las monjas, supongo... Y la persona con quien vivía después. . .

Sol se detuvo bruscamente, y, tras una breve vacilación, terminó:

— . . . era una alma cansada de sufrir y hubiese sido cruel por mi parte imponerle el rebullicio de mis diversiones.

—¿Quiere usted venir a pasar las Navidades conmigo a Escocia? — preguntó súbitamente María Teresa. — El dominio y casa solariega de mi marido radican en Escocia, no lejos de Aberdeen. Es un gran castillo de la

época feudal, hay muebles hermosísimos y pinturas decorativas famosas. Son tantas las bellezas arquitectónicas que encierra y la importancia histórica q' se le atribuye, que muchísimos forasteros solicitan permiso de visitarlo. Sobre todo, los americanos. Está encaramado sobre un montículo, cerca de la costa agreste y selvática del mar germánico. En el mes de mayo las landas están llenas de brezales en flor. ¡Qué cosa más bella! Y hay también un jardín maravillosamente cuidado, y después un parque inmenso, y luego, un coto de caza que tiene leguas y leguas, y luego bosques, y plantíos y un río y... muchas cosas preciosísimas que le gustarían a usted mucho.

—¡Ya lo creo que me gustarían! — murmuró Sol un poco deslumbrada.

—Por Navidad acostumbro reunir en Escocia a todos mis parientes y a mis amigos mejores, y celebramos esos días con arreglo a la costumbre inglesa, que es muy hogareña y patriarcal. Después, para Reyes, se da un gran baile que algunos años ha sido de traje... Si quiere usted venir, hará su estreno en mis salones.

Sol se había puesto repentinamente seria y pálida.

—Temo que haría un triste papel, señora — balbuceó.

—¿Por su falta de costumbre? No se apure; habrá también allí dos o tres jovencitas principiantes que acaban de salir del internado de terminar su educación, y su timidez estará disimulada por las de las otras; además, la falta de soltura en el lenguaje y su calidad de extranjera, atenuarán el encogimiento que pudiera usted sentir. Que no lo sentirá, estoy segura. Las muchachas tienen una gran facultad la adaptación. Por otra parte, la sociedad inglesa, pese a su fama de intransigente y recia en cuestiones de etiqueta, es altamente acogedora y hospitalaria y galante con los extranjeros. Y más si el extranjero... es extranjera... y se trata de una mujer joven y hermosa como usted.

Sol se debatía en una lucha grande. La tentación era deslumbradora. Visitar una de aquellas residencias señoriales inglesas que Fred-

dy le había descrito tan ajustadamente, disfrutar de las fiestas aristocráticas de sabor puramente clásico que la aristocracia inglesa sabía ofrecer en ellas a un escogido grupo de personas... y esto en la dulce compañía de aquella mujer hacia quien se sentía atraída por un cariño casi absurdo. Pero a la vez se sentía horrorizada al solo pensamiento de introducirse como una ladrona entre toda aquella sociedad selecta, ella que no era nadie, ni tenía siquiera un nombre. Debía confesarse con María Teresa, pero le era tan duro hacerle la narración de la humillante historia...

—No es eso, señora; es... que yo no estoy a la altura de poder ser en casa de ustedes una invitada, ni debo introducirme entre gentes aristocráticas, porque yo...

Encendida como una amapola, se detuvo luchando con la vergüenza más violenta y atribulante. María Teresa la miraba con amabilidad, invitándola a concluir la confidencia.

—...porque yo no soy más que una pobre muchacha a quien recogieron y criaron por caridad, ¿comprende usted, señora? La que yo llamo mi tía, en realidad no lo es, o, por lo menos, ella y yo creemos que no lo es, pero me ha recogido en su casa y me tiene con todo el mimo y lujo de una hija. Ella no los tiene y es viuda. Por eso me ve usted educada como una señorita y vestida con modelos parisienses. Pero yo no tengo una peseta y esta bondad de mi tía me humilla, no puedo remediarlo, pese a todo el cariño y la delicadeza con que me atiende.

—Es usted orgullosa.. — sonrió desconcertada la dama.

—Sí; me parece un robo esto que hago de recibir el pan, los vestidos y los halagos de mi tía sin ganármelos con mi trabajo. Y yo se lo agradezco todo, ¡con toda mi alma! No sabe usted cómo se lo agradezco, pero me humilla en recibirlos.

—Hace usted mal — respondió, sin alterarse, la señora.— Ella da porque quiere, y da con amor y con generosidad; y toda dádiva que vaya envuelta en amor no sólo no humilla, sino que dignifica; porque una limosna puede hacerse a un pobre cualquiera, aun-

que sea un ser degradado e indigno; pero nuestro amor no podemos concederlo a nadie que antes no haya merecido nuestra estimación y nuestra admiración. Y al darle a una persona el amor, que es la esencia de nuestros sentimientos, es como si le hiciésemos el don de nosotros mismos. Además, al recibir los beneficios de su tía usted no perjudica los intereses de un tercero, porque, según me ha dicho usted, no tiene hijos; por lo tanto, ella es muy dueña de rodearse de aquellas personas a quienes ama y de atender a sus necesidades.

Sol, callaba, ligeramente emocionada. También su corazón le había dicho muchas veces las mismas palabras que le estaba diciendo la extranjera.

—Lo que no veo es la razón por la cual no tenga usted que aceptar mi propuesta. Creo que me ha tratado usted lo suficiente para hacerme la justicia de convencerse de que en mi casa tienen cabida todos aquellos que poseen la verdadera nobleza, Sol... Esa nobleza del alma que usted posee con tanta amplitud...

—¡No, no es eso, señora! — clamó angustiada Sol.

—¿Qué más hay? — sonrió María Teresa.

—Hay... que yo no sé quien soy, que no tengo apellido — se desesperó la muchacha.

María Teresa palideció bruscamente. Desde el primer día, su fina percepción había oteado el misterio en torno a aquella joven, y he aquí que el misterio era una cosa vulgar, pero triste y dolorosa, para una naturaleza sensible y altiva como la de Sol. Con la angustia plasmada en las grandes pupilas temblaba la muchacha esperando que la señora la alejase de su lado con un ademán de protesta o desvío. Pero no pasó nada de esto, sino que dominando sabiamente la ligera alteración de su voz respondió con absoluta sencillez:

—¡No, no es eso, señora! — clamó angustiar que ignora su propio apellido, sin duda. Pero un apellido, sea el que fuere, debe usted tenerlo. En el Colegio la habrán conocido a usted por un apellido determinado. Luego tiene usted un apellido. Y no veo yo el porqué no he de poderla presentar en mi casa con el

nombre y apellido que ha usado usted toda su vida. Sea el que fuere, usted lo ha ennoblecido con la virtud y la pureza... y hasta el dolor de su vida. ¿Qué importa si es un apellido vulgar?

—¡Eso es lo que más siento! — exclamó Sol apasionadamente. — Que precisamente es un apellido singular y conocidísimo en España.. y hoy, fuera de España también. (Y Sol enrojeció al solo recuerdo del duque de Olarraiga). Y padezco el dolor de que no sea realmente mío... ¡yo que pensé siempre que lo era, que pertenecía a una gran familia, y encontrarme un buen día con que nadie sabía quién soy ni de dónde salí!

—¡Pobrecita Sol! — acarició dulcemente María Teresa, atrayendo la cansada cabeza de la muchacha sobre su pecho. — ¿Es eso lo que la apena? Desde el primer momento que la conocí a usted vi aletear el sufrimiento en sus ojos.

—No, no era sólo eso... ¡es algo más doloroso y más triste aún, relacionado con eso, señora! — exclamó Sol en un sollozo.

—No llore usted, por Dios, querida! No hay cosa que me apene más que ver llorar a una muchacha y precisamente en la edad en que debiera reír siempre. ¿Es que por acaso los poseedores legítimos de ese apellido que usted usa le han hecho alguna reclamación?

—No, ninguna. El poseedor del título y del apellido que yo uso es un perfecto caballero; no ha reclamado ni reclamará nunca nada... — aseguró entre lágrimas la joven.

—Bueno, pues entonces...

—¿No comprende usted que tengo la vida rota, que mi extraña posición me aleja de el amor de un hombre? — suspiró Sol, desolada.

—¿Habla usted en hipótesis, o en realidad quiere usted a un hombre?

—En realidad, sí; quiero a un hombre, señora.

—¿Y tal vez él se ha alejado de usted al conocer esa circunstancia del apellido? — insistió la dama. — En ese caso no le recuerde usted con pena; es un cobarde y egoísta que no merece una mujer como usted.

—Soy yo, yo, quien le ha dejado cuando

supe... lo que soy.

—Mál hecho — declaró María Teresa. — Si él la quería, "a pesar de todo", no debió usted haber llevado más lejos su cuidado con el honor del nombre de él, ni consentir que su orgullo fuera más allá de la generosidad del hombre.

—Es que se trata de un muchacho de muy elevada posición social, señora, y dueño de un abolengo casi de príncipe...

—Bien está — concedió la dama. — Ha sido en usted un rasgo de buen sentido, pero no creo que puestos en la balanza pesen más el dinero y los cuarteles de nobleza que las virtudes de usted. Y conste que no tengo el feo vicio de adular.

—Pero usted, señora — dijo ya exasperada Sol, — usted misma me ha dicho que tiene un hijo. Piense por un momento: ¿cree que si su hijo le presentase una novia de mis circunstancias iba a venirle bien?

La dama se recogió un momento en sí misma antes de contestar:

—Lo que más anhelo yo en este mundo es la felicidad de mi hijo. Ignoro si su pretendiente tendrá o no más timbres de nobleza que él, ni si ocupará dentro de la aristocracia europea el puesto que ocupa mi hijo, pero le aseguro a usted que si mi hijo me trajese una muchacha como usted y me dijera: "Mamá: esta es la mujer que me ha de hacer feliz", yo la recibiría con los brazos abiertos.

—Porque usted es una santa — declaró ferrosamente Sol. — Pero acaso "su madre", que debe ser muy aristocrática y muy altiva, no piense igual que usted.

Y se hizo el silencio. La tarde se iba serena y majestuosa, y con un gesto de grandeza que hacía semejar más amplio y magnífico el paisaje. Sol continuó suspirando cada vez más quedamente, en rumia de pesadumbres pretéritas y en alarma de inquietudes futuras. Cuando el sol se hundió definitivamente tras la cinta brumosa y plúmbea del horizonte, la silueta bien perfilada de un barco empezó a destacarse doblando el cabo de la Bruja a buena marcha, gallardo, gentil. Enfocó la señorita los prismáticos y después de mirar un buen

rato declaró lentamente, con la voz ligeramente enronquecida:

—Es un yate...

Sí, era un yate. A Sol le pareció tan semejante al *Volga*, mil veces descrito por Freddy, que con un golpe doloroso de emoción en el corazón pensó sobresaltada si sería él. Pintado de blanco, elegante y frágil, con el albo velamen y las finas cuerdas y la chimenea despidiendo una leve voluta de humo, corta las aguas azules como un pez que nadara retazón. Leve estela de espumas era una escolta... ¡acaso también un escuadrón de sirenas le acompañasen, enamoradas de su gentileza! Pero pronto salió Sol de su divagación al escuchar de nuevo la voz, ya tranquila, de María Teresa:

—Lleva el pabellón dinamarqués.

Levantóse la dama para marcharse. Estaban a un cuarto de hora de la Casa Grande, pero Sol declinó la invitación para tomar el té, so pretexto de que era ya demasiado tarde. En el momento de despedirse, María Teresa insistió:

—Bueno: de lo que hemos hablado sobre la venida de usted a mi casa mantengo mi ruego. Nadie sería capaz de hacerme volver sobre semejante decisión. Espero que cuando su tía regrese tendrá usted la bondad de presentármela y entonces yo le pediré el favor de que la deje estar conmigo una temporada.

El tono de la señora era decidido y enérgico; se veía a cien leguas que era persona acostumbrada a que no se discutiesen sus deseos, y Sol, que así lo comprendió, no se sintió con fuerzas para emprender una nueva lucha después de lo fatigada que la dejaron las emociones de aquella tarde. Cuando la tía Carlota viniese ya verían qué respuesta debía darse a la amable desconocida para que no hiriese su susceptibilidad.

La generala Márquez llegó un atardecer tempestuoso en que el mar tenía horribles bramidos de fiera y las olas barrían aullando la playa de guijo. Los amedrentados pesca

dores olfateaban una nueva galerna y ya eran varios los que habían subido a la ermita para encender un cirio al Santísimo Cristo del Judio a fin de que apartase de ellos el cáliz de angustia del presentido temporal. Eran ya varios días los que llevaban sin salir a la mar porque le veían las narices hinchadas, el gesto brabío, y andaban escarmentados de la última broma. Estaban en plena pesca de la sardina que otros años había resultado abundante. Hogaño, tal vez debido a las violentas marejadas, habíanse presentado muy escasas falanges en la costa. Antes del temporal que venía iniciándose, las lanchas salían mañana y tarde a la pesca, volviendo mutios y contrariados los hombres con las redes vacías.

—Ni para la raba sacarán — murmuraba Nando, henchido de pesadumbre.

—¿Te acuerdas tú del año pasado que nos subíamos a la peña del Caracol a ver venir las lanchas? — insinuaba Doro.

—Vaya que si me acuerdo, que relucía la sardina en el fondo de los panales como si fuera un montón de plata — afirmaba Nando.

Le gente andaba mohina y pensadora, viendo llegar el fantasma inquietador del hambre si el Santísimo Cristo no les cambiaba el tiempo aquél haciendo que acudiera aquella condenada sardina sin la cual, cebo indispensable, no podían pescar el congrio y la merluza, ni pescar costearo el sollo, la lubina y el salmonete.

Desde el día que Sol había hecho sus confidencias a la señora extranjera, andaba desasosegada e inquieta, como si temiese ver venir sobre ella algo desagradable. Ahora le pesaba de haberse franqueado y una secreta angustia la roía. En este estado de ánimo, la llegada de la generala fué de un efecto sedante y bienhechor; sintióse súbitamente apoyada y defendida contra "lo que pudiera venir". Pero, ¿qué es lo que "iba a venir"?

Sol presintía algo, no sabía que; pero sentía la impresión de que su vida iba a balancearse en un punto crítico: ¿hacia dónde caería? ¿Qué la aguardaba? La generala estaba como siempre, muy campechana y afectuosísima con ella. Besóla hasta cansarse, la contó

con lujo de pormenores toda su estancia en el balneario.

—¡Un horror, hija de mi alma! Una enormidad de extranjeros, americanos sobre todo, y un ruido y una de bailes y funciones de teatro y reuniones, tés y conciertos y excursiones, como para volverse loca. Te aseguro que contaba los días que me faltaban para verme en La Rocosa y dormir bastante, no comer a régimen, vestirme a mis anchas y hacer lo que me dé la realísima gana. ¡Rosenda, hija, lo que

he echado de menos tus sopas de cangrejos y tus ostras con mayonesa y tus guisados de pollo! ¿Y a ti, Teresa? ¡Estoy contenta de que te hayas quedado en La Rocosa, porque te hacía falta descansar; pero, ¡que doncellita la de la señora Marquesa, hija mía! Con la caja del colorete y la barrita del carmín en el bolsillo, y embadurnándose al menor descuido, como una mona, por aquellos corredores; y hecha una tonta con los camareros. Para matarla. Le pedías el agua caliente y te ponía fría; por dos veces me puso las medias al revés, y si no es por la camarera que hacía el servicio del cuarto, me plantifico en una *garden party* de aquella manera y hago ridículo. Te digo que para matarla. Con decirte que he hecho voto solemne de no volver a salir de mi casa sin ti. . .

Teresa se limpiaba los ojos, lacrimosos de pura emoción agradecida.

—Y yo acompañaré a la señora Condesa con muchísimo gusto, así estuviera muriéndome — afirmó entre dos o tres hipidos.

Luego, deshizo su maleta con ayuda de Sol, en la amplia salona donde el antiguo velón esparcía la luz de sus cuatros mecheros bien cebados y despabilados arrancando destellos de oro al bruñido metal. De todos se había acordado la señora; a Rosenda trájole un buen traje de lana azul marino, en corte; a Teresa, una docena de medias de hilo y otra de pañuelos, y a Sol. . . ¡Qué maravilloso aderezo de perlas rosa, suaves, exquisitas. . . ! ¡Qué lindo collar tan igual, tan fino, tan primoroso, y qué magnífico abrigo de pieles forrado de seda color marfil, blanda y acariciadora!

(Continuará.)

## Santo Tomás Moro, Ex-Canciller de Inglaterra

### Mártir y Terciario Franciscano

Una de las figuras más típicas del Catolicismo de Inglaterra, es la del que fué Canciller y Consejero indispensable del Monarca de su tiempo, y después de haber sufrido el martirio en defensa de la verdadera fe religiosa, cuando la Divina Providencia lo dispuso, fué elevado al honor de los altares y hoy es Santo Tomás Moro, mártir.

Es poco conocida la gran figura de este Santo, y la mayoría de las personas cultas que hablan de él, sólo recuerdan su página de humanista y autor de un libro que tiene por título "Utopía", que, según un crítico es un libro sabroso y atrevido. Pero pocos recuerdan su santidad invencible frente a la apostasía subyugante de Enrique VIII de Inglaterra. Menos aun son los que entienden lo que significa su actitud en uno de los momentos más importantes de la historia del mundo.

Siendo niño y adolescente, ya manifestó los rasgos esenciales de su espíritu: valor, ingenio y perspicacia. En Oxford, en el Colegio de Abogados se perfilaron sus aficiones humanistas y su sagacidad de litigante. De universal interés y ejemplo edificante fué el hogar de Tomás Moro, modelo de hogares cristianos. Conocedor de los males que afectaban a Inglaterra quiso corregirlos, empezando por él mismo: practicó alegremente austeridades difíciles; sujetó a sus hijos a estricta aunque sonriente disciplina, que los hizo verdaderos hombres y mujeres cabales, como deberían ser los hijos e hijas de todos los hogares para que reinase en ellos la armonía y la tranquilidad. Supo dar a su casa en la que vivía con su esposa, sus hijos, su padre, parientes y algunos amigos, un claro ambiente de religiosidad y hospitalaria alegría al mismo tiempo que de abierta caridad para con los vecinos y todas las gentes a quienes consideraba su prójimo.

Hay aspecto de la vida de este Santo que sólo pueden ser apreciados conociendo el carácter de su época. Por ejemplo la caída de Tomás Moro, después de haber sido Canciller y Consejero indispensable del Monarca lo cual se presentó como algo altamente honroso para él. Fué el gran campeón de la Iglesia Católica de su tiempo, en Inglaterra; sin respeto humano y sin temer a la misma muerte, destacándose por su fuerte polémica su ingenio y su caridad hacia el mismo enemigo.

Si alguno quiere conocer detalladamente la vida de este Santo de una edificación y ejemplaridad extraordinaria, la encontrará en el libro de Sargent, no hace mucho traducido al castellano por Pedro Zuloaga publicado en la Editorial Jus, el año de 1945. Pocas biografías poseen trozos tan vigorosos,—según el crítico aludido—, como los que Sargent nos da al hablar de Tomás Moro en los preliminares del martirio. El análisis psicológico del Santo en la torre de Londres, en plena e iluminada revisión de su vida, es algo que deja huella perdurable y un ejemplo que levanta. Conmovedor es el camino al patíbulo, sobre todo por las semejanzas que tiene con el Via Crucis de Nuestro Señor Jesucristo.

Antes de admirarse y conmoverse con lo que pasó en su camino al patíbulo en donde recibió la palma gloriosa del martirio, de una lección edificante e imborrable es lo que pasó en su misma prisión. Uno de los pensamientos que más influyeron en la firmeza y constancia en la fe, fué el pensamiento en la eternidad que le hizo salir victorioso de uno de los más terribles asaltos que un corazón sensible puede sufrir.

A causa de la heroica constancia con que se opuso siempre al enlace incestuoso y al cisma del imperio apóstata Enrique VIII, fué por esto depuesto de su cargo,

despojado de sus bienes y aherrojado en una oscura prisión, amenazándole que en caso de prolongada resistencia, sería condenado a ser decapitado en un cadalso en medio de la plaza de Londres. Hallándose en este estado presentóse a él su mujer, llamada Luisa. Antigua costumbre es del demonio el servirse de esta arma para asaltar los Santos. Así tentó a Tobías y a Job y al primer padre de todos los hombres Adán, obteniendo, por desgracia, de este último, el resultado que con su austeridad se había propuesto.

Llevó Luisa consigo a sus hijos pequeños vestidos de luto; presentándose todos a él con los cabellos desgreñados el rostro macilento y triste, los ojos hechos fuentes de lágrimas; y con el sentimiento que suelen inspirar a un alma enteramente afligida el amor, el dolor y la compasión; con palabras interrumpidas por los sollozos y suspiros, comenzó a hablarle de esta suerte: "Ya ves, Tomás, a que estado nos ha reducido tu obstinación en no querer complacer al Rey suscribiendo un decreto al que casi todo el Reino se ha adherido. Te vas a morir como un infame en el cadalso, y nosotros conservaremos la vida para oprobio de toda Inglaterra y morir luego de miseria y de todos los demás males que le acompañan. ¿Y tu corazón permanece impassible? ¿Qué se ha hecho de tu antiguo amor? Yo soy tu amada compañera de otros tiempos. Estos son tus hijos.. Si obedeces al rey, serás reintegrado en tu cargo y entraremos en posesión de nuestros bienes. ¡Ea pues, amado esposo! ¡Tem piedad de nosotros...!" Quiso proseguir, pero un copioso llanto le ahogó las palabras en su garganta. Con estas palabras y lágrimas de su esposa y las de sus hijos, cuyo llanto y sentimiento no eran inferiores al de la madre, Tomás que ciertamente no era de bronce, sentía desgarrarsele las entrañas por el dolor; y no es fácil comprender la extraordinaria violencia que debió hacerse a sí mismo para vencer aquel asalto de

tal naturaleza. Salió victorioso, sin embargo, ayudado de la gracia con el pensamiento de la eternidad.

Lleno de fortaleza preguntó a su esposa que en aquella ocasión no la amaba con amor verdadero: ¿Dime Luisa, si obedeciendo al rey salvo mi vida, recupero mi cargo y se me devuelven los bienes con más abundancia que antes, "durante cuántos años disfrutaré yo de esas cosas". Respondióle su mujer; Eres de complexión robusta, tu edad es regular; de vida ordenada como eres. yo creo que puedes muy bien prometerte todavía veinte años de vida". Entonces Tomás Moro, dirigiéndole una mirada de lástima y de indignación le dijo: "¡Oh Luisa, qué mal aconsejada eres! ¿Quieres tú que por veinte años inciertos de vida pierda yo una eternidad de dichas en el Cielo, y me condene a una eternidad de tormentos en el infierno?" ¡Oh respuesta digna de un héroe cristiano!

La Canonización de Tomás Moro fué en el año 1935, y se efectuó por el Papa a petición de una multitud de hombres y mujeres de Inglaterra y Escocia; de muchos hombres y mujeres de Irlanda, y de todos los jueces y abogados católicos de los Tribunales irlandeses, fué elevado al honor de los altares y después de haberse llenado los requisitos de milagros etc., que la Iglesia estudia antes de tan solemne determinación.

El nombre de Santo Tomás Moro, Terciario Franciscano hoy es un lazo de unión no sólo entre los pueblos de Inglaterra y de Irlanda,—como dice Richard O-sullivan—sino que une a los hombres y a las mujeres a través del Commonwealth y el Imperio, y en los Estados Unidos, se ha fundado más de una sociedad de Legispé, ritos colocada bajo su patrocinio. Y aun en la Rusia Soviética hay en Moscú una sección especial en el Museo Marx-Engels dedicada a la memoria de Santo Tomás Moro, el autor de la "Utopía" y Santo Canonizado de la Iglesia Católica, de aquel

cuyas palabras últimas, estando ya en el patíbulo, fueron las siguientes; "Muero en la Fe y por la Santa Iglesia Católica, siendo súbdito leal al rey, pero ante todo leal a Dios".

En este tiempo de tanta frialdad e inconstancia en la práctica de la Religión y de la verdadera y sólida piedad; de tanta falta de verdadero carácter y de mezcolanza de lo religioso y de lo profano; de tanto respeto humano para la práctica de las virtudes cristianas, ya sea en el orden familiar como en el social, es necesario

dar a conocer además del Evangelio de Jesucristo y sus divinas enseñanzas, sin lo cual viene la apostasía o no llega la conversión de los que necesitan convertirse, la vida de los héroes y heroínas del Cristianismo que, Santo Tomás Moro, preferirían todo la temporal que pasa como una sombra, a perder la felicidad eterna que ha de durar para siempre, es de actual y urgente necesidad.

Fr. Zenón de Arenys de Mar, O. F. M: Cap:

## EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,  
SUEROS Y VACUNAS

*Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.*

### La Beata Mariana de Jesús

Su fiesta el día 17 de Abril

Una de las figuras más tiernas del santoral Mercedario es la de la Beata Mariana de Jesús.

Su vida se desliza entre los ardores del amor al Divino Esposo; su alma jardín ameno donde florecen las virtudes más heroicas recinto preciado donde se perciben las divinas complacencias. Desde el despertar de su existencia hasta el postrer aliento de su agonía fué una expresión angelical vivida entre los hombres.

Cuando sus padres deciden unirla en honesto matrimonio, el alma virginal de Mariana se siente profundamente contrariada y en actitud digna de una doncella de su edad, adelantándose a su padre, manifiesta que es imposible la realización de sus

caseos, porque ya su cuerpo había sido entregado total y perfectamente a la custodia del divino Esposo Jesús.

Fieras borrascas se habrían de levantar contra la tranquilidad de Mariana a consecuencias de esta categoría negativa; pero su corazón lleno de contento y alegría al verse despreciada a causa de su Esposo Jesús pone en El toda su confianza y exclama llena de emoción: "En tí, Señor he esperado y no seré confundida".

Trasplantada más tarde por la mano de Dios a los claustros de un Convento, modela allí su alma virginal sobre el yunque del sacrificio diario y constante; rigurosa-observante de las obligaciones de su estado hasta alcanzar la perfección de ellas termina sus días, llenos en obras buenas, el día 17 de Abril de 1624.

"Mariana de Jesús, según frase del P.

Vicente Herreyra Escalante, pertenece a esa falange de Santos inocentes y penitentes que es más de admirar que de imitar, y que si Dios y Nuestra Santa Madre la

Iglesia lo permiten, es sólo para que sirva de reproche al afeminamiento de las almas cobardes, y para impetrar gracia sobre la prevaricación del mundo".

## Consejos Útiles

Hoymismo muchas de ustedes pueden iniciarse en la adquisición de un nuevo encanto, un verdadero atractivo, un algo que todas las mujeres pueden conseguir.

Ese algo es la linda voz, la voz dulce, correcta y agradable: lo voz normal.

Muchas personas ignoran que hablan mal porque emiten la voz de manera artificial, brusca o violenta que molesta a quienes han de escucharlas.

Ustedes ven con frecuencia que una persona es mal recibida, no tanto por las ideas o los sentimientos que expone como porque la voz es francamente ingrata al oído de quienes la escuchan.

Es necesario que se comprenda que forma parte de la buena educación de una mujer hablar con naturalidad, con voz de pecho. Hablar no es gritar ni chillar.

A menudo se oye hablar por teléfono en forma verdaderamente lamentable. Se altera el tono, la modulación; se emiten sonidos agudos. Lo mismo ocurre en las conversaciones.

Por esos detalles se observa cuán necesario es no descuidar, especialmente en las niñas, una educación completa. Cuando se les enseña el canto no se debe pretender que ellas alcancen la celebridad en el fino arte; si se consigue que esas criaturas aprendan a emitir la voz con naturalidad se les habrá dado un atractivo que les será útil toda la vida.

Recomiendo a quienes me lean que hagan la prueba para convencerse emitiendo la voz con que habitualmente se expresan y escuchándose después la misma frase repetida con una voz de pecho. Sin esos cambios que se hacen al contraer la laringe y que tanto fastidian a quienes han de escucharlas.

—:—

Te adoro locamente", suelen decir los enamorados y pensándolo bien, ese dicho o esa manera de decir, es absurdo; porque amar locamente no es amar; es sentir o experimentar un desequilibrio que poca o ninguna garantía ofrece al verdad ro amor. ¡Te amo sensatamente, te amo cuerdamente, te amo con mis cinco sentidos, con toda mi inteligencia y mi voluntad! Así deberían decir los verdaderos enamorados, y con ello quizá se evitaría más de un desencanto producido por la comprobación de que la locura suele ser culpable y pasajera.

Una mujer que piensa cuerdamente no se dejará marear jamás por ese palabrerío en que el hombre sólo puede exponer la locura de su sentimiento absorbente, absurdo y desequilibrado, pues en cualquier momento otra ráfaga de locura puede desviar el más descabellado amor hacia otro norte.

Amor sensato, amor del alma dispuesto siempre dispuesto a los mayores sacrificios por el sér amado; amor dispuesto siempre a perdonar y a tolerar; amor dispuesto siempre a dar y no a recibir; amor que sepa siempre rodear el espíritu amado de esas mil delicadezas que en todos los instantes, buenos o malos que depara la vida, son un descanso, un lenitivo, un acicate. Amor que sepa siempre conducir con ternura; amor consciente que sepa siempre alentar; amor despierto y cuerdo, que sepa siempre comprender cual es la verdadera senda de la felicidad; amor inteligente; amor inextinguible; amor sensato. Este es el bendito amor que significa paz, dulzura y consuelo para el corazón de la mujer.

## Para las Madres

Iniciaremos la sección con un consejo de inestimable valor para las madres, y es que resistan a la tentación de dar leche cruda a sus hijos, porque ha sido demostrado científicamente que el mencionado alimento en estado natural es portador de gérmenes nocivos para la salud. Por otra parte, la difundida versión de que la leche cruda encierra mayor poder nutritivo que la cocida, responde a una falsa noción de sus cualidades. Hágase hervir siempre la leche que se suministre a las criaturas en bien de su organismo y se habrán prevenido serias dolencias e indigestiones capaces de originar complicaciones.

La leche cocida no sufre pérdida de sustancias y tonifica y alimenta el organismo igual que la cruda y sin sus riesgos.

Los niños suelen, por lo común, tardar dos años para aprender a dominar su vejiga voluntariamente, pero en ocasiones transcurren más de tres y por las noches, sin darse cuenta de ello, tienen micciones involuntarias. Este no es un fenómeno normal pero susceptible de corregirse al poco tiempo mediante educación, absteniéndose los padres de las reprimendas muy severas que no harían otra cosa que agravar el mal. Pero llegados los niños al cuarto y quinto año de vida, si persistieran esos síntomas, será menester, sin demora, hacerlos examinar por un médico, puesto que podrían obedecer a un catarro o principios de diabetes. Los baños de agua con sal, calientes, a veces dan resultados satisfactorios, cuando la enfermedad no ha adquirido todavía proporciones. La alimentación intensiva, práctica de gimnasia, estada al aire libre, son factores que operan en beneficio de los enfermos reales.

Refiriéndonos ahora a una faceta de la educación que las madres no deben dejar de lado, trataremos la pésima costumbre de permitir al niño que deje sus juguetes, ropas o útiles de escribir y estudios

desperdigados al acaso, sin detenerse poco ni mucho a averiguar cómo quedan, pero sin perjuicio de luego reclamarlos a grito pelado si no los encuentra al alcance de su mano.

Esta formación lenta del carácter y las costumbres del niño requieren tanto tiempo como paciencia o más de ésta que de aquél. Su valor es imponderable, porque se amolda el espíritu del colegial a una disciplina que al correr de los días, por lo metódica, constituye parte integrante de su ser.

Cuando hallándose los padres solos o bien en comida de confianza con algunos parientes, pongan a sus niños a la mesa, es preciso que la obediencia impida que ese sencillo acto se convierta en un infernal griterío o en cuadro triste por la sumisión medrosa de las criaturas, pendientes de una mirada como de un castigo seguro e inevitable.

Para eliminar de raíz el peligro y el efecto de cualquiera de estos dos extremos, basta con ser consecuentes con la idea de educar a los niños y tolerarles todos sus esparcimientos dentro de un marco de orden y de respeto prudentes. La práctica cotidiana puede desarrollar ampliamente ese feliz y enorgullecedor resultado.

No recomendamos, salvo en casos excepcionales, que la madre se convierta en médico de sus hijos y les administre desde la inyección simple al preparado que ella entiende será beneficioso, dentro de su escasez de conocimientos. La madre debe velar constantemente por la salud y el bienestar de sus descendientes, debe atender y cumplir estrictamente las órdenes que el doctor le haya impartido, no ha de pasar por alto ninguna de las observaciones que le fueron hechas, pero con tal de asegurar al tratamiento iniciado el máximo de garantías, con esa labor tendrá suficiente, aparte de que es de las más

importantes y valiosas, sin necesidad de entrometerse a cumplir funciones que pudieran dar malos resultados.

Si por desgracia en una casa alguno de sus miembros estuviese enfermo, atacado o no de una dolencia infecciosa, por mera razón de prudencia no ha de permitirse que los niños anden libremente por la habitación del paciente y menos jugando encima de la cama por más que sea del agrado de ambos.

Una de las enfermedades a las que más escasa importancia se concede en la denominada muguete, y que tiene origen en la escasez de saliva frecuente en los recién nacidos y que a veces los ataca en los dos primeros meses de su vida.

Tiene origen ese mal en unos hongos

microscópicos que adquieren desarrollo en las mucosas de la boca, en la cara interior de las encías y hasta llega a invadir en el peor de los casos el propio tubo digestivo.

Su característica más saliente está representada por los puntos blancos que llegan a convertirse en pequeñas manchas.

Las criaturas más expuestas a esta dolencia son las débiles y mal cuidadas.

También puede ser producida por la suciedad del chupete del biberón o de algún objeto llevado a la boca.

Los laboratorios a la boca con agua alcalina, son de mucho poder, y los médicos suelen prescribir, además, unos colutorios alcalinos, que han de efectuarse hasta que desaparezcan las cps blancuzcas.

## Normas Sociales

Con frecuencia se advierte en los palcos de los teatros y cinematógrafos que las personas que brindan algunos invitados unas localidades, no siempre les conceden las de preferencia, deber que, sin embargo, contrajeron tácitamente al traerlas consigo.

El invitado de más edad o el más distinguido ocupará generalmente el mejor de los asientos. Las personas invitantes reservarán para sí los últimos.

Al comienzo de una temporada social es costumbre que las señoras jóvenes visiten a las de más edad, como una deferencia especial, como también pertenece

a quienes llegan a una ciudad en tránsito o a pasar unos días o vacaciones, efectuar una visita a todas sus amistades y conocidos, siendo poco delicado esperar a que ellos los vayan a saludar al hotel, salvo que se tratara de personas cuya posición o cargo los hiciesen acreedores a este homenaje, y aún así siempre es deplorable transgredir reglas de buen comportamiento.

El traje de etiqueta para el caballero, para asistir a la representación de una ópera, recepción, una boda, un baile u otro acto es el frac o el smoking según el protocolo y la hora en que se realicen.

El atavío de etiqueta requiere siempre zapatos de charol y calcetines negros.

Cuando se carezca de servicio apropiado y de comodidad y amplitud en la casa, es una locura realizar una fiesta de grandes proporciones, por más que se encargue de todo lo concerniente al "buffet" a una casa especializada. En estos casos siempre es preferible efectuar la fiesta en un lugar adecuado, ya sea un salón, restaurante, u hotel, que poseen lugares especiales para ello.

# SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

**Tienda de DON NARCISO**

Siempre es de mal gusto ver que una persona está distraiéndose en la mesa durante una comida haciéndolo con los cubiertos o chocándolos contra los vasos o los platos.

No ha de incurrirse tampoco en donde haya servidumbre en la falta de recoger cualquier cubierto que accidentalmente pudiera haber caído al suelo. Esto sería tolerado en el caso de no existir y siempre que no se molestase la ocasional compañero de mesa.

Es de mal efecto llevar las manos recubiertas de anillos y pulseras y efectuar, además, ostentación de las mismas con evidente imprudencia o en un alarde indisculpable de vanidad. Las personas que caen en esa debilidad, presto se forjan una fama de advenedizas que a lo mejor puede estar reñida con su posición real. Por eso es de gentes dotadas de corrección ser lo más parcas y sobrias; tanto en el vestir como en la ostentación de alhajas.

Las cenas a base de platos fríos, con abundancia de fiambres, son las que se efec-

tuán a última hora después de la salida de los teatros, siendo ésta una costumbre no muy arraigada entre nosotros.

En caso de desearse un plato caliente, deberá ser tipo minuta, y para mejor preparado casi en la propia mesa o en una de las mesas rodantes, tan cómodas, en cualquiera de los aparatos eléctricos que existen.

También se suele disponer sobre el aparador y la mesa los manjares existentes, pudiendo los invitados servirse a su paladar, lo que está lejos de ser incorrecto.

Aunque es costumbre que los huéspedes lleven consigo los objetos de tocador necesarios para una corta estada de vacaciones; es deber de las dueñas de casa ofrecerles las cremas, perfumes o lociones que crean menester, así como brindarles cepillos, etc., u otros objetos que pudieran hacerles falta antes de que ellos se vean en la obligación de solicitárselos o de privarse de ellos, por más que medie una confianza íntima.

Elisa H. de Sierra.

## Cómo realizar el Bien

Hay muchos medios para realizar el bien, para hacer cada día una obra buena, para mejorar el corazón y sentirse más dichoso por eso mismo. Uno de ellos es tratar con dulzura, no exenta de rectitud, a los empleados, obreros y sirvientes.

A nadie convence la caridad que tiende el brazo por encima de los necesitados

que están más próximos para socorrer a los lejanos pobres.

Un hombre altanero y engréido para tratar a sus inferiores no merece tener mando, y, desde luego no justifica su condición de cristiano.

De "REFLEXIONES CRISIANAS"  
Por Constancio C. Vigil.

## COLCHON DE PLUMAS

Un antioqueño que iba de camino, se hospedó en una malísima fonda en la cual pasó una noche de mil demonios. Por la mañana le dijo muy disgustado a la hostelera:

—Mi señora, yo no le pago nada por la posada porque amanecí con el cuerpo

vuelto tiras: el colchón que puso parece que tuviera espuelas.

—¿Cómo es eso? le contestó la mujer encarándose con el paisano: ¿No está viendo que le puse un colchón que parece de plumas?

—Nada le digo, potroncita, pero deben ser plumas de escribir.

## Qué es el Purgatorio?

El Purgatorio es el lugar donde van las almas de los que mueren en gracia de Dios sin haber enteramente satisfecho por sus pecados para ser allí **purificados con terribles tormentos**. Cuando muere el pecador, o con culpas veniales o sin haber satisfecho enteramente a la Justicia divina con penitencias e indulgencias toda la pena temporal correspondiente a sus culpas, perdonadas en cuanto a su pena eterna, es preciso que vaya a purificarse de aquéllas o pagar ésta en el purgatorio antes de entrar en el cielo donde no se admiten ni los manchados con pecados veniales ni los deudores de penas temporales. Es el Purgatorio como un capacísimo horno, ocupado de voraces llamas, donde son purificadas las almas justas, pero manchadas o deudoras, antes de entrar en el cielo. El Purgatorio es como un crisol preparado por la

Justicia Divina para purificar las almas como el oro en el fuego, antes de admitirlas en las purísimas moradas del cielo. **Las penas que allí padecen son terribles**. Santo Tomás de Aquino dice que la menor pena del Purgatorio es mayor que la más grande del mundo.

Lo cierto es que no se sabe que se distinguan los tormentos del Purgatorio de los del infierno más que en su duración, porque los del Purgatorio son temporales y los del infierno son eternos. Tampoco sabemos el tiempo que las almas están en el Purgatorio, pero si tenemos en cuenta las expresiones de los Santos Padres, es preciso admitir que están más tiempo de lo que comúnmente se cree, y esto es muy propio del modo con que allí se purifican y pagan su deuda, porque en el Purgatorio ya no se purifican ni pagan con padecimien-

## ¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- \* ALIMENTACION ADECUADA ;
- \* VESTIDO APROPIADO ;
- \* CASA CONFORTABLE
- \* ATENCION MEDICA ;
- \* EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

**BANCO NACIONAL DE SEGUROS** Fundado en 1924

tos satisfactorios, sino con tormentos puros, puesto que el tiempo de merecer se acabó con la vida. Allí ya no se hace una purificación abreviada y aliviada por el mérito, ni un pago de proporción, sino de RIGUROSA JUSTICIA. Allí ya no se purifican ni pagan mereciendo, sino sólo PARECIENDO. ¡Y TAL VEZ ESTAREMOS NOSOTROS ALLI DENTRO DE MUY POCO TIEMPO....!

## Un Diálogo

Bajo los solícitos cuidados de un jardinero crecían un joven pino y una tierna palmera.

—¿Sabes? — dijo un día la palmera. Quiero ir a la playa sentir el contacto de la arena tibia, reflejar mi silueta en el azul del mar y reír cuando el viento se enrede en mis hojas.

—Yo—dijo el pino—quiero ir a lo más alto de la montaña, enterrar, como garfios, mis raíces en la roca viva, y allí crecer, hasta llegar a coronarme con las nubes y que el viento me azote con sus alas.

Ambos quedaron mudos por un rato; pero luego la palmera rompió de nuevo el silencio.

—¡Oh pino! Eres hombre y, como tal, deseas enfrentarte con el huracán. Quieres medir tu fuerza y después enorgullecerte de tu victoria. Yo soy mujer y prefiero consolar a la muchacha triste que llora bajo mi sombra. Deseo darle mi fruto al náfrago para que calme su hambre, y si algún día el huracán llega hasta mí y quiere desbaratar el nido que entre mis hojas han fabricado los pájaros, le demostraré que también tengo valor y lo defenderé hasta morir por él.

El joven pino miró con admiración a su esbelta compañera. Si, ella lo había dicho: ¡era mujer! Y por eso no vaciló en ofrecer hasta su vida para salvar la de aquellos seres tan débiles que la escogieron como protectora. Se sintió humillado por que hasta en aquel momento pensó en probarle al mundo que era fuerte, no en serle útil a alguien. Al cabo de un instante se irguió cuanto pudo y conmovido habló así a la palmera:

—Cuando el viento se dé cuenta de que soy más vigoroso que él; cuando la dura piedra se convenza de que hasta de ella puedo sacar la savia que me alimenta cuando las nubes errantes vean que hay quien osa llegar hasta ellas sin separarse de la tierra, entonces, humilde, caeré al golpe del hacha, iré a calentar al que tenga frío, daré techo al desamparado y sostendré al inválido.

¿Entendió el jardinero lo que el joven pino y la tierna palmera se dijeron? Nadie lo sabe. Pero dicen que llevó al pino a lo más alto de una montaña y a la palmera a la más cálida playa.

Enma Isabel Calleja

## Respuesta Oportuna

En torno de la mesa de un café narraban varios jóvenes sus escandalosas aventuras, precediendo a la narración del conocido:

—Pues yo nunca he gozado más que cuando...

Después que muchos dijeron mil disparates, uno de ellos, hasta allí callado, dijo:

—Pues yo nunca he gozado más que una vez que, yendo a comprar un billete

para los toros, y no teniendo más que el dinero justo, se lo dí todo a un infeliz tullido que me pidió una limosna.

Aquellos libertinos callaron por de pronto, sobrecogidos con tan inesperada salida; parece que miraron con respeto al que acababa de hablar, y de creer es que sintieron en sus corazones algún noble sentimiento que fuera acaso principio de remordimiento.

## Reflexiones Cristianas

La felicidad es un objeto a que dirigen naturalmente sus deseos las criaturas racionales. Todos desean ser venturosos pero por lo común yerran los medios de conseguirlo. Se persuaden los hombres que les será fácil libertarse de una multitud asombrosa de males que les rodean, valiéndose de aquellos artificios que les sugiere la industria humana. Por una funesta consecuencia de la corrupción universal de la naturaleza humana se ven oprimidos de una multitud de desventuras contra las cuales viven en perpetua lucha, procurando sacudir su yugo, y anhelando muchas veces sin advertirlo a la felicidad para que fueron creados. Las enfermedades, la pobreza, y mucho más que todo la perfidia y la malicia de nuestros prójimos nos ponen en un estado miserable, en que no hay otro recurso que el de las lágrimas, porque todos los conatos son débiles para contrarrestar el poder de la desventura. Pero los hombres que han tenido la dicha de conocer a Dios hallarían con poco trabajo un medio seguro de prevalecer contra sus infortunios, y aún un secreto maravilloso para convertirlos en verdaderos

bienes. Dios ayuda a los que siguen los caminos de la justicia, destierra del corazón más afligido todos los pesares y pone en su hogar una alegre confianza.

La conducta que observaron los santos mártires cuando se vieron perseguidos de los tiranos, la tranquilidad de sus conciencias, y la alegría de su semblante en medio de los tormentos, acredita que las palabras en que se contienen las promesas divinas han sido siempre igualmente verdaderas. El justo es quien lo ha experimentado, y advértirá los mismos efectos el que determine establecer en su corazón la rectitud y la justicia. Nada puede apeteecer el hombre constituido en miseria que no se le ofrezca largamente por la divina misericordia. ¿Te hallas perdido y extraviado? pues he aquí que el Señor te ofrece ponerte por su mano en camino claro y seguro. ¿No descubres norte a donde dirigir el rumbo de tus deseos y esperanzas? He aquí que Dios te presenta su reino, que es indistinto de sí mismo, en quien se encuentra todo el deleite que desees.

Todos buscamos la felicidad y sólo en la fe en Dios es posible conocerla.

## Hacia una Nueva Europa

Cuando tengamos un poco más de amor no existirán tantos tristes ni tantos desconsolados.

Muchos sufren porque nadie los quiere; muchos no avanzan porque nadie los guía y están como los ciegos que se detienen y aguardan que alguien los tome de la mano para cruzar la calle sin peligro.

América trae al mundo el evangelio del amor. Somos hombres de paz, somos conscientes de la solidaridad humana; nuestro corazón repudia el crimen y nuestro espíritu ama la justicia. Vamos sobre tierra virgen hacia una nueva aurora para la humanidad.

### Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

De "AMAR ES VIVIR"  
por Constancio C. Vigil

# RECETAS DE COCINA

## SOUFFLE DE TERNERO

(Para seis personas). Se toma una libra de posta de ternero, se lava, se seca con una servilleta, se le quitan todos los nervios y pellejos, se muele finamente en la máquina, se coge media libra de pan cuadrado añejo y se remoja bien en leche fría; se escurre bien y se pone en la carne junto con un cuarto de libra de mantequilla, tres yemas crudas, sal, pimienta y nuez-moscada; se mezclan muy bien. Se baten las claras hasta que estén bien cortadas; se mezclan muy despacio con la carne; se unta de manteca o mantequilla una fuente que resista el fuego y se le ponen pedacitos de jamón; se echa la mezcla preparada y esta fuente se pone dentro de una cacerola más grande, que contenga agua hirviendo hasta la mitad de la fuente (esta operación se llama cocinar en baño María); se mete al horno caliente hasta que se vea que ha crecido y está asado, por lo menos una media hora en el horno.

### Se sirve con la siguiente salsa

Se pone en una cacerola una cucharada de mantequilla con media cebolla finamente picada, se fríe un poco; se le agregan cuatro tomates medianos y bien maduros, partidos en cuatro; éstos se ponen en un colador para que pase el jugo y no la semilla. La carne del tomate se echa en la cacerola junto con un cucharón de caldo, sal y pimienta. Se deja hervir hasta que el tomate esté suave; se pasa por un colador moviéndolo con una cuchara para quitar los pellejos; esta salsa se pone en un salsera y se sirve caliente.

## HIGOS AZUCARADOS

Se escogen los higos, que no estén maduros y ojalá que vengan de la mata a la cocina pues cuando están viejos no quedan tan bonitos.

Se les corta un poquito el pedúnculo

y se echan en agua fría para que les salga la leche; luego se pelan con un cuchillo muy filoso, cortando apenas la cáscara, lo más delgadita posible. En la base del higo se le hace una cortadura en cruz para que por allí les penetre la miel. Se pesan y se emplea una libra de azúcar para cada libra de higos. Se ponen los higos en una cacerola y se sostienen con una mano y se les echa agua hasta cubrirlos bien; se agrega el azúcar y se ponen al fuego tapados, moviéndolos a menudo con una palita de madera y con cuidado de no despedazarlos. Si se ve que se están secando mucho y no están bien calados se les pone más agua hirviendo; cuando la miel está casi seca se van sacando los higos y se ponen en un platón con azúcar blanco granulado; se mueve el plato para que los higos den vuelta y se unten de azúcar bien parejos. Se van colocando en un cedazo o en un platón separados unos de otros para que no se suden. Al día siguiente se guardan en cajitas de lata y si es para que duren mucho tiempo, se envuelven en papel impermeable blanco una por uno.

Si se prefieren sin azucararlos, cuando ya la miel está espesa, se ponen en la fuente que han de servirse

## RINCON ALEGRE.

La buena madre jamás hará a su hijo exhortaciones y reproches delante de otras personas. Se los hará siempre a solas en voz baja, muy baja, como en secreto. ¿Sabes por qué? para no avergonzarle, para cuidar su dignidad. Y también porque en esta forma el hijo la oye con toda su atención y guarda sus consejos en lo más hondo, mientras que el grito resbala sobre su ser, choca, lastima... ¡Pero no enseña nada!

De "La educación del hijo"  
por Constancio C. Vigil

# COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

## Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

# SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

# Banco de Costa Rica